

SANTIAGO

Prueba, Madurez y Reino

Delcio Meireles

Editorial Piedad

Este libro fue impreso originalmente en portugués.
 Año 2003, por: "EDIÇÕES RUIÓS"
 Pça. Benedito Valadares, 1771302 – Centros
 Santo Antonio do Monte – MG., Brasil, América del Sur.
 Site: www.ruios.com.br \ contato@ruios.com.br

SANTIAGO

Prueba, Madurez y Reino

AUTOR: DELCIO MEIRELES

Traducción del portugués: Alejandro Pacheco R.

Primera edición castellana: Julio 2015

Edición: Equipo Editorial Piedad

Santiago - Chile

SUMARIO

Prólogo a la Edición Castellana	4
Prefacio del Autor	5
Introducción	11

Primera Parte

La Diferencia entre Prueba y Tentación	16
1.- El Propósito de la Prueba: La Corona de Vida	17
2.- El Fin de la Tentación: Muerte	28
3.- Origen de las Pruebas: El Padre de las Luces	33

Segunda Parte

Cómo Reaccionar en la prueba	35
1.- Pronto para Oír	36
2.- Tardo para Hablar	53
3.- Tardo para Airarse	64

Tercera Parte

Fortaleciendo el Corazón en la Prueba	77
1.- Esperando la Venida del Señor	78
2.- Sin Quejarse de los Hermanos	79
3.- Recordando la Prueba de Job	80
4.- Evitando Jurar para Salvar el Ego	81

Cuarta Parte

La Diferencia entre Prueba y Corrección	82
1.- ¿Qué hacer cuando somos probados?	84
2.- ¿Qué hacer cuando somos corregidos?	85
3.- ¿Cómo evitar la corrección?	88

Conclusión	92
-------------------------	-----------

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA

Hace unos años atrás, en medio de una enseñanza bíblica, el hermano Gino Iafrancesco nos recomendó este comentario acerca del libro de Santiago, del hermano Delcio Meireles, lamentando que en ese momento solo estuviera en portugués. Desde ese tiempo nació en nosotros la idea de publicarlo en español.

Nos pusimos manos a la obra y entregamos la tarea de traducción al querido hermano Alejandro Pacheco, quien realizó un excelente trabajo, y, además, nos contactó con el hermano Delcio.

Tenemos la más absoluta certeza acerca de esta publicación, de que será de gran bendición para todo el pueblo de Dios. Su contenido está ligado a lo que quizás sea la urgencia más grande dentro de las prioridades de Dios para su pueblo: la madurez. Dios está buscando un carácter en medio de su pueblo, el carácter de su Hijo.

Nuestros agradecimientos al querido hermano Delcio, por su generosidad al permitirnos hacer esta publicación, y también al hermano Alejandro por su traducción al español. Vaya para ellos nuestra más profunda gratitud.

Con profundo gozo, pues, ponemos este libro a disposición del lector cristiano de habla española, convencidos de que será de gran ayuda y consuelo para los hijos de Dios, que quieren hacer la voluntad del Creador en tiempos tan difíciles.

Equipo Editorial Piedad

PREFACIO DEL AUTOR

En la Biblia, el verbo *Salvación* se encuentra conjugado en tres tiempos: pasado, presente y futuro. Pablo dice que: "... Dios... nos salvó..." 2 Ti. 1:8-9, que: "*estamos siendo salvos*" 1 Co. 1:18 (en el griego) y que los creyentes: "*serán herederos de la salvación*" He. 1:14. Existen otros pasajes bíblicos que confirman esto. Si Dios nos *salvó* en pasado, está *salvando* en el presente y va a *salvarnos* en el futuro, preguntamos: ¿Qué es específicamente lo que Él está salvando? Los tres tiempos se refieren a la salvación del espíritu, del alma y del cuerpo. La salvación del espíritu ocurre cuando se nace de nuevo; la salvación del alma ocurre permanentemente durante el tiempo de la peregrinación cristiana; y la salvación del cuerpo ocurrirá en la resurrección de los muertos y el arrebatamiento. La salvación del espíritu es lo que llamamos *justificación*; la salvación del alma *santificación*, y la salvación del cuerpo *redención*. En los textos de: 1 Co. 5:5b, 1 P. 1:9 y Ro. 8:23 leemos respectivamente: "...el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús..." "...la salvación de nuestras almas..." y "...la redención de nuestro cuerpo..." Todo el contexto de la epístola de Santiago, así como la primera epístola de Pedro, giran en torno a la salvación del alma; no podemos olvidar eso. Creo que *ese* es el principal problema en la interpretación de Santiago.

En el mismo comienzo de la epístola encontramos una distinción entre la salvación del espíritu y la salvación del alma: "...de Su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad..." Stg. 1:18, y "...la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas..." Stg. 1:21. En el versículo 18, trata sobre el nuevo nacimiento, que ocurre cuando recibimos un nuevo espíritu, como en Ezequiel 36:26 y Romanos 8:16 que dice que el Espíritu Santo da testimonio a

nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Entre tanto, en el versículo 21 trata sobre la salvación de nuestra alma. El alma está compuesta de voluntad, mente y emoción. El alma es nuestra personalidad, nuestro Yo. Ella debe ser gobernada por nuestro espíritu *regenerado*, ahora habitado por el Espíritu Santo, Quien a su vez debe gobernarlo.

Pero, cuando Santiago comienza a hablar sobre fe y obras, la confusión en la interpretación se vuelve aún mayor, ya que muchos, imperceptiblemente, adoptan un punto de vista contradictor a la enseñanza de la Escritura, cuando trata sobre la salvación eterna *por la gracia de Dios*, mediante la fe. Frente a la pregunta de Santiago: “... ¿Podrá la fe salvarle? ...” (Stg. 2:14c), muchos terminan declarando que la vida eterna se obtiene por medio de la fe más las obras. Esa doctrina es totalmente condenada por la propia Palabra de Dios. Basta leer el contexto en Ro. 4:1-5 para llegar a la feliz conclusión de que la vida eterna nos es dada gratuitamente, sin ningún tipo de obra. La salvación es por gracia, mediante la fe, Ef. 2:5 y 8. Más adelante examinaremos detalladamente esta afirmación.

En 1 P. 2:1-2 encontramos una expresión semejante a la de Stg. 1:21: “...Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación...”. Pedro se dirige a personas que ya nacieron de nuevo, aun así, él les habla de la necesidad de *crecer para salvación*. Naturalmente surge una pregunta: ¿Cuál salvación? Sus lectores ya recibieron la salvación del espíritu, el nuevo nacimiento, la vida eterna ¡Él sólo puede estar refiriéndose a la salvación del alma! La expresión de Santiago: “...recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas...” equivale a esa declaración de Pedro: “...desead... la leche espiritual... para que por ella crezcáis para salvación...”. Santiago habla de salvar el alma y Pedro habla de crecer para salvación. El apóstol Pedro, en su primera carta, declara esa verdad de la siguiente manera: “...para alcanzar la salvación que está preparada para

ser manifestada en el tiempo postrero...” (1:5b), “...obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas...” (1:9), y: “...para que por ella crezcáis para salvación...” (2:2b). En otras palabras, crecer para la salvación es alcanzar la salvación en el último tiempo, y la salvación del último tiempo es la salvación del alma.

La salvación del espíritu, llamada también “nuevo nacimiento”, es totalmente por la gracia. Ella es una dádiva de Dios, es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro, como dice en Ro. 6:23. Sin embargo, la salvación del alma es un proceso que tiene un precio; necesitamos negarnos a nosotros mismos, y eso exige disposición para sufrir. Pasajes como Lucas 2:35, 21:19; He. 4:12-13; Mt 11:28-30; 1 Co. 15:45; 2 P. 2:8 y Ap. 18:13 no tendrían sentido, sino hacemos clara distinción entre la salvación del espíritu y la salvación del alma. La Palabra de Dios nos enseña que el propósito de Dios es *santificarnos* totalmente, y eso incluye: el espíritu, el alma y el cuerpo, como nos revela 1 Ts. 5:23. En Hebreos 4:12b dice que la Palabra de Dios “...penetra hasta separar el alma del espíritu...”, sin dejar la menor duda de la distinción entre los dos; ya que si el alma y el espíritu fueran la misma cosa, entonces las coyunturas y los tuétanos deberían ser también la misma cosa. Siendo así, se torna innecesaria cualquier argumentación para probar la diferencia entre el espíritu y el alma.

La salvación del alma exige auto-negación y sufrimiento. Infelizmente, por traducir la palabra griega: *psique*, como: *vida*, se confunde mucho al lector. Como vimos en Heb. 4:12, el espíritu y el alma son distintos, pues los términos en griego también lo son; espíritu es: “*pneuma*”, y alma es: *psique*. Cuando el Señor Jesús dijo a Sus discípulos que iba a Jerusalén para sufrir, morir y después resucitar, Pedro lo tomó aparte y comenzó a reconvenirlo en Mt. 16:22a, diciendo: “...Señor, ten compasión de ti...”; pero el Señor, después de reprenderlo por eso, también severamente dijo en Mt. 16:24-25a a Sus otros discípulos: “...Si alguno

quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su alma (**psique**), la perderá; y todo el que pierda su alma (**psique**) por causa de Mí, la hallará...". Estas palabras no fueron dirigidas a pecadores perdidos, sino a hombres que habían creído en el Señor. Pedro no quería negarse a sí mismo, a su alma, a su Ego. Pero ese hecho se consumó cuando él negó tres veces al Señor para poder salvar el pellejo. La prueba de que el Señor estaba hablando de la salvación del alma, y no de la conversión de un pecador arraigado a este mundo, puede verse en Sus palabras, en el versículo 27: "...Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de Su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras...". Repare en la expresión: "...pagará a cada uno conforme a sus obras...". La vida eterna jamás podrá ser recompensada, pues ella es "...la dádiva de Dios... en Cristo Jesús Señor nuestro..." como dice Ro. 6:23. La recompensa será dada a aquellos que siguieron al Señor negándose a sí mismos y tomaron la cruz. Eso implica perder el alma (la: *psique*) por amor al Señor, y se refiere a aquellos que: "...siguen al Cordero por dondequiera que va..." dice Ap. 14:4b, aunque eso implique ir hasta el matadero. Esos son los que vencen al diablo por medio de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos, y: "...menospreciaron sus vidas hasta la muerte..." en Ap. 12:11. El galardón está relacionado con ese aspecto de la salvación. En el cielo no habrá lugar para recompensas y diferencias entre los hijos de Dios; pero durante el período del Reino eso sucederá. El Señor Jesús ha de venir a reinar en esta tierra durante mil años, es en ese tiempo que las obras (hechas con Cristo) serán recompensadas.

Teniendo en cuenta ese objetivo, queda muy clara la finalidad de las pruebas que durante la vida pasan los hijos de Dios. Pablo declaró que: "...Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios..." de Hch. 14:22b. Job no sufrió por causa del pecado, como lo muestran las palabras de Dios a satanás: "...no hay otro como él en la tierra..." Job 1:8. Job necesitaba perder su alma (la

psique) en aquellos puntos que se manifestaron durante su prueba. Al discutir con sus tres amigos, la verdadera esencia del alma de Job fue expuesta. Los ojos del Señor, como llama de fuego, penetraron hasta las partes más íntimas de aquel siervo de Dios y sus ojos fueron abiertos para que realmente se conociese a sí mismo: "...De oídas te había oído; Mas ahora mis ojos te ven..." Job 42:5. Pero ¿Cuál fue la recompensa final que el Señor le dio? La porción del Primogénito, la doble porción, que es figura de la recompensa que *el Justo Juez* dará a todos los que se niegan a sí mismos, toman su cruz y *siguen al Señor por donde quiera que Él va!*

Nuestra meditación en la Epístola de Santiago tendrá como tema: Prueba, Madurez y Reino. Las pruebas nos dan la oportunidad de negarnos a nosotros mismos. Teniendo en cuenta la salvación de nuestras almas, la prueba de nuestra fe produce paciencia que, a su vez, tiene que ser constante y sin desvíos, con el fin de alcanzar madurez, ser complementados y en nada deficientes. En otras palabras, que el carácter de Cristo sea formado en nosotros; ser *conformados* a la misma imagen de Su Hijo, ahora Primogénito, según Ro. 8:28-30 y Gá. 4:19. Ese es el fin que el Señor tiene para cada uno de Sus hijos, y sólo hasta que ese objetivo sea alcanzado, Su Propósito Eterno será cumplido. Todo aquel que colabora con el Espíritu Santo en la realización de ese trabajo Celestial, es considerado *bienaventurado* porque soportó las *pruebas* y después que "...haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman..." Stg. 1:12. No todos los justificados por la fe, han de recibir coronas para reinar. El Nuevo Testamento menciona cinco tipos de coronas. *Corona incorruptible* (1 Co. 9:25); *corona de gozo* (Fil. 4:1,3); *corona de justicia* (2 Ti. 4:8); *corona de vida* (Stg. 1:12) y *corona de gloria* (1 P. 5:4). Hasta donde he visto, Pablo fue el único que recibió, en vida, la certeza que él recibirá una corona, la corona de justicia. "...Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y

no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida..." (2 Ti. 4:8); a cerca de la iglesia en Filadelfia, se dice que ella ya posee la corona, pero existe el peligro de perderla: "... He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona..." (Ap. 3:11); Jeremías dice que el pecado puede hacer que la corona caiga de nuestra cabeza: "... Cayó la corona de nuestra cabeza. ¡Ay ahora de nosotros! porque pecamos..." (Lm. 5:15). Saúl muestra con su propia vida, que el enemigo puede retirarla de nuestra cabeza, cuando desobedecemos al Señor: "...Yo entonces me puse sobre él y le maté... y tomé la corona que tenía en su cabeza..." (2 S. 1:10).

Delante de estas cosas tan serias, ojalá que así sea nuestra más sincera oración delante del Trono de la Gracia: *"Padre celestial, que en Tu infinita misericordia, nos concedas ser hallados dignos de recibir una de las cinco coronas prometidas a los vencedores. Mientras esperamos el arrebatamiento, danos un corazón dispuesto a Ti, a fin de que las atracciones de este siglo malo no tengan ninguna influencia sobre nosotros. Hoy no podemos tener la certeza de que recibiremos una corona, pero, si por Tu misericordia nos fuere concedida tal distinción, que la visión de Tu gloriosa Persona en aquel día, quiera ocultar todas las cosas ¿Cómo expresar, Señor amado, el gozo de contemplarte cara a cara? En aquel momento glorioso las coronas sí caerán de nuestras cabezas, pero, ¡para ser colocadas a Tus pies! ¡Para Tu gloria! ¡Oramos en Tu precioso Nombre!"*.

INTRODUCCIÓN

La Epístola de Santiago y el libro de Job son considerados los documentos escritos más antiguos, de cada uno de los Testamento de la Biblia. En el Antiguo Testamento, el primer libro en ser escrito por Moisés fue el de Job. Estudiosos de la Biblia, tales como G. Graham Scroogie, Joseph Angus, Stephen Kaung y muchos otros, entienden que la Epístola de Santiago fue escrita entre los años 45 y 50 d.C. En la Biblia Cronológica de Edward Reese, en la Biblia de Jerusalén y en la Biblia Anotada de Scofield, ofrecen la misma fecha. J. Sidlow Baxter dice que: *"Las indicaciones son de que la Epístola de Santiago fue el primero de todos los documentos escritos del Nuevo Testamento ... en los manuscritos más antiguos, ella aparece como la primera de las epístolas judeo-cristianas que preceden al grupo Paulino"* de: *"Examinad las Escrituras"*, vol. 6, pág. 309. El mismo hecho es observado con respecto al libro de Job en la Biblia Cronológica de Edward Reese, que incluye la historia de Job después del Diluvio y antes de la Torre de Babel, pág. 19. Alfred Edersheim en su libro *"Old Testament Bible History"* presenta el mismo punto de vista, Vol. 1, pág. 66. El Dr. W Graham Scroogie dice que: *"sin dogmatismo, colocamos a la persona de Job en la era patriarcal, y muy probablemente es antes del tiempo de Abraham"* *"Unfolding Drama of Redemption"* (Revelación del Drama de la Redención) Vol. 1, pág. 93. El Dr. Joseph Angus sigue la misma línea de pensamiento *"Historia, Doctrina e Interpretación de la Biblia"*, vol. 2, pág. 153. En el libro *"The Story of Job"* Jessie Penn-Lewis escribió: *"Los Judíos mantuvieron firmemente el Libro de Job en su Canon de la Escritura. Afirman que es el libro más antiguo que existe, y que fue escrito unos dos mil años antes de Cristo... debido a evidencias internas generales, algunos eruditos atribuyen el libro al período de la época de Abraham"* pág. 8. El Sr. Stephen Kaung dice que: *"El libro de Job es considerado el más antiguo de toda la Biblia. El puede muy bien ser el primer*

registro sagrado hebreo, pues cronológicamente su fecha puede anteceder los cinco libros de Moisés. Probablemente Job vivió durante el periodo de los patriarcas hebreos y de ese modo puede haber sido contemporáneo de Abraham, o de Isaac o de Jacob”: The Splendor of His Ways, pág. 15.

Ese hecho desvela algo tremendo respecto al Propósito Eterno de Dios: Dios al escribir Su Palabra, Se dirigió primero a un hombre, sin existir aún la nación de Israel, quien fue justificado cuando creyó. Siendo salvo y espiritual en cierta medida delante del Señor, aun así, él necesitó de las pruebas para ser perfeccionado. La Epístola de Santiago presenta las mismas características: Los destinatarios eran personas salvas por medio de la fe, pues Santiago las llama de hermanos; probablemente el nivel espiritual de algunos de ellos no era de principiantes; aun así, la experiencia de las pruebas les fue necesaria para formar en ellos el carácter de Cristo, Stg. 1:4.

El acto de que Dios, el Señor, haya direccionado los primeros escritos de Su Palabra a personas que ya Lo conocían a través del nuevo nacimiento es algo muy importante. Es como si nuestro Padre Celestial estuviese diciendo: *“Hay alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente en la tierra, pero eso no constituye todo el deseo de Mi corazón. El plan establecido en Mi Hijo desde la eternidad exige que los pecadores salvos por Mi gracia, sean conformados a la misma imagen de Mi Hijo, a fin de que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos”* Ro. 8:29. Por lo tanto, apreciado lector, para el corazón del Padre, no es suficiente quitar al pecador de las garras del diablo; se necesita: *“...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes...”* (Ef. 4:13-14a). Por nuestro Padre, Santiago dice: *“...sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna...”* (Stg. 1:3-4). El resultado final será: *“...Bienaventurado el varón que*

soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman...” (Stg. 1:12).

LA ESCRITURA DE JOB Y SANTIAGO

La semejanza entre los libros de Job y Santiago es bien significativa: Son los primeros escritos del Antiguo y Nuevo Testamento respectivamente; Job y los destinatarios de Santiago ya eran salvos; ambos pasaban por pruebas; Job perseveró, y Santiago advierte a sus lectores para ser perseverantes; Job era deficiente en algunos aspectos, y Santiago declara a sus lectores que el objetivo es que ellos no sean en nada deficientes; Job recibe al final la doble porción y los lectores de Santiago deben esperar la misma recompensa. Pero no solo en eso, la propia estructura de los dos libros también es idéntica en el comienzo, en el medio y en el final.

- En el comienzo Job y Santiago hablan de prueba.
- Santiago hace la diferencia entre prueba y tentación, y en Job tenemos la misma cosa: él pierde sus bienes, sus hijos y su salud (las pruebas), después, su esposa le aconseja maldecir a Dios y morir (la tentación).
- Santiago entra en la esencia de su mensaje, sobre la correcta reacción que ha de ser tomada durante el tiempo de la prueba: *“...Prontos para oír, tardos para hablar y tardos para airarse...”*. Job no fue “pronto para oír”; él no fue “tardo para hablar”, pues habló mucho y discutió largamente con sus tres amigos; tampoco fue “tardo para airarse”, pues manifestó momentos de ira contra las acusaciones de sus amigos. Al final de la prueba, él aprendió a oír, a quedarse callado y a no airarse; y cuando oró por los amigos, la salud le fue restablecida junto con muchísimos más bienes que los que hubo perdido por la prueba. Ese fue *“...el fin que el Señor le dio...”*.

Comparación entre los textos de Santiago y Job

Prueba: Stg. 1:1-12 y Job 1:1 al 2:8. Santiago habla de prueba y paciencia; Job pierde los bienes, los hijos y la salud, pero con paciencia continúa confiando en el Señor.

Prueba y tentación: Stg. 1:13-18 y Job 2:9-10. Santiago establece la diferencia entre prueba y tentación: Dios prueba y satanás tienta; Job primero es probado y después es tentado.

Pronto Para Oír: Stg. 1:21 al 2:26 y Job 3:1 al 31:31 y 32:1 al 42:17. Santiago dice que en la prueba debemos ser “prontos para oír”. Job, en la primera parte oye y habla sin parar. En la segunda parte él aprende la lección de quedarse callado.

Tardo Para Hablar: Stg. 3:1-18 y Job 3:1 al 31:31 y 32:1 al 41-34. Santiago dice que debemos ser “tardos para hablar” pero Job habla todo el tiempo. Al final, él aprende a quedarse en silencio.

Tardo Para Airarse: Stg. 4:1 al 5:6 y Job 3:1 al 31:31 y 32:1 al 41-34. Santiago dice que debemos ser “tardos para la ira”, pero Job por el mucho hablar, termina por airarse con sus amigos. Al final, él es guiado a orar por los amigos que lo acusaban.

La Doble Porción: Stg. 5:8-12 y Job 42:10-17. Santiago menciona “el fin” que el Señor dio a Job, la doble porción, y Job recibe el doble de todo, de las manos del Señor.

Prueba y Corrección: Stg. 5:13-20 y Job 42:1-9. Al concluir, Santiago muestra la diferencia entre prueba y corrección. Dios establece la misma diferencia entre la prueba de Job y el error de sus amigos, cuando Él determina que Job ore para que ellos sean restaurados.

ANÁLISIS DE LA EPÍSTOLA

Tengo gran interés en conocer los esbozos de los libros de la Biblia, ofrecidos por los grandes estudiosos. Los análisis del Dr. G.C. Morgan son de gran ayuda en el entendimiento del mensaje central de cada libro de La Escritura. El Dr. W Graham Scroogie en su libro: *“Unfolding Drama of Redemption”* (“Revelación del Drama de la Redención”), nos legó una riqueza de un valor inestimable en ese sentido. Él dice lo siguiente sobre la Epístola de Santiago: *“Debe también estar claro que Santiago no tiene un único asunto, como sucede con la mayor parte de las Epístolas, sino una docena de temas tratados de forma separada. Este hecho torna difícil su análisis...”, vol. 3, pág. 290).*

Con la gracia de Dios y la iluminación del Espíritu Santo, y con el debido respeto a ese siervo del Señor, pretendo mostrar que Santiago tiene un único asunto y no varios temas sin ninguna ligación, y que hacer un análisis a la Epístola, sí es posible. La clave para las principales divisiones de la Epístola es: *“...Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse...”* Stg. 1:19. En la introducción Santiago habla de la Bendición de la Prueba, y enseguida pasa a describir la diferencia entre: Prueba y Tentación, Stg. 1:2-18; en el versículo 19 presenta el tema central de la Epístola, y del capítulo 1:21 hasta el capítulo 5:6 desarrolla el tema central presentado en el verso 1:19, siguiendo la orden de los tres tópicos: **(1) Prontos para Oír** del 1:21 al 2:26, **(2) Tardos para Hablar** del 3:1 al 3:18, y **(3) Tardos para Airarse** del 4:1 al 5:6. En la Conclusión, muestra cómo podemos fortalecer nuestro corazón en las pruebas, y termina llamando la atención a sus lectores haciendo la diferencia entre: Prueba y Corrección.

PRIMERA PARTE

DIFERENCIA ENTRE PRUEBA Y TENTACIÓN

Santiago 1:2-18
Job 1:1 al 2:8

Capítulo 1.

El Propósito de la Prueba:
La Corona de Vida
Stg. 1:2-12

Capítulo 2.

El Fin de la Tentación:
Muerte
Stg. 1:13-16

Capítulo 3.

Origen de las Pruebas:
El Padre de las Luces
Stg. 1:17-18

CAPÍTULO 1

EL PROPÓSITO DE LA PRUEBA: LA CORONA DE VIDA Stg. 1:2-12 y Job 1:1 al 2:8

El escritor de la Epístola se identifica apenas como: "... **Santiago**, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud..." Stg. 1:1. La gran mayoría de los comentaristas bíblicos enseñan que este **Santiago** es medio hermano del Señor Jesús. Cuando el Señor Jesús aun no había muerto ni resucitado, Santiago ni sus otros hermanos creían en Él. Después de Su resurrección, Jesús apareció también a este Santiago, y él vino a ser un presbítero de gran influencia y una de las columnas de la iglesia en Jerusalén. La tradición enseña que él era un hombre de gran devoción y, debido al mucho tiempo que pasaba orando de rodillas, éstas le quedaron llenas de grandes callos.

Santiago se dirigió a las Doce Tribus que habían sido dispersas por la persecución que se levantó después de la muerte de Esteban, alrededor del año 35 d.C. Éstos que fueron dispersados, se establecieron como la iglesia, en varias localidades, como lo deja claro en sus palabras: "...Llame a los **ancianos de la iglesia**, y oren por él..." Stg. 5:14. Parece que el escritor conocía muy bien la situación de aquellos a quienes él se dirigía, o por lo menos tenía informaciones detalladas sobre lo que estaba sucediendo en medio de ellos. Las pruebas continuaban y la reacción de ellos, ciertamente era negativa. Santiago revela varios aspectos de prácticas equivocadas entre aquellos hermanos:

- Preferencia por los hermanos más ricos.
- Ausencia de buenas obras.
- Deseo de ser maestros faltándoles aún el dominio de sus lenguas.
- Disputas y disensiones.
- Búsqueda de satisfacción a sus deseos carnales.
- Amistad con el mundo.
- Juzgamiento a los hermanos.
- Planes sin sumisión a la voluntad de Dios.

- Deshonestidad de los ricos contra los más pobres en los servicios prestados.

EL PROPÓSITO DE LA PRUEBA

Si la prueba es esencial para nuestra madurez espiritual, eso significa que todo hijo de Dios debe estar preparado para enfrentarla. La prueba puede conducirnos a un punto donde nuestra carne sentirá que está siendo incomodada. Dios probó a Abraham pidiéndole que ofreciese a su hijo Isaac en holocausto, Gn. 22. ¿Por qué tal prueba? Antes de tener a Isaac, el corazón de Abraham era totalmente fijo para el Señor. Pero después que su hijo nació, Abraham fijó sus ojos en la dádiva (Isaac) y los desvió del Donador (de Dios). El Señor sabe que nuestro corazón está donde está nuestro tesoro, Mt. 6:21. El tesoro de Abraham ya no era sólo el Señor; sino que ahora era el “Señor” e Isaac. Isaac era su tesoro y su corazón estaba en ese hijo. Por eso el Señor le pidió a Isaac en holocausto. Holocausto significa “*Todo quemado*”, que también simboliza la entrega de nuestro “todo” al Señor. ¿Dios quería realmente a Isaac o a Abraham? Sin duda alguna ¡Dios quería a Abraham! Al levantar el cuchillo para sacrificar a su único hijo, el corazón de Abraham se había vuelto totalmente para el Señor. ¡Dios no quiere ni necesita nuestros Isaac! Dios merece y lo que simplemente quiere es que siempre le demos el primer lugar. La prueba nos lleva al punto donde somos constreñidos a depositar todo lo que somos y tenemos, en las manos del Señor.

REACCIÓN EN LA PRUEBA

El tiempo que pasamos bajo la prueba, es muy difícil. Siempre nuestra tendencia es de murmurar y reclamar sobre los arreglos que Dios hace para nuestro crecimiento. Generalmente pensamos que el Señor está siendo demasiado injusto para con nosotros y que no merecemos tales tratos de Su parte. Algunas pruebas son cortas, y otras muy largas. Siempre preguntamos cuando somos probados ¿por qué Señor? ¿Por qué? Santiago nos enseña cuál es la reacción correcta que debemos cultivar durante el periodo

de la prueba. Escribiendo para hermanos que estaban pasando por situaciones difíciles, él nos permite entender tres cosas, a saber: **(1)** ¿Cuál es el propósito a ser alcanzado a través de la prueba? **(2)** ¿Cuál debe ser la reacción del creyente al pasar por la prueba? **(3)** ¿Cuál será el resultado de la prueba? El propósito de todo es la madurez espiritual. En el primer capítulo, menciona lo que la prueba produce en nosotros. En la parte central de la Epístola, muestra la reacción adecuada que el cristiano debe tomar durante el periodo de la prueba. Y en la parte final, descubre el resultado de la madurez espiritual, hablando de la Doble Porción que Job recibió del Señor.

Prueba y Alegría – 1:2

“...Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas...”

En el mismo comienzo, Santiago aborda la cuestión de la prueba. La palabra “*hermanos*” nos deja claro que sus destinatarios realmente eran cristianos, y su propósito es de ayudarlos a entender la finalidad de las pruebas, y de cómo se debe reaccionar correctamente. Sus primeras palabras son total y naturalmente incomprensibles para la mente humana. ¿Cómo alguien puede hallar motivo de gran gozo en medio de una prueba? Nuestro ego se resiste absurdamente contra cualquier sufrimiento; no obstante, el cristiano debe saber que la manera en que se confirman los ánimos de los discípulos es: “*...exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios...*” (Hch. 14:22). Cuando Pablo dice: “*...Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él...*” (Fil. 1:29), se refiere no solamente al sufrimiento causado a los creyentes por aquellos que no conocen el Evangelio, sino también a los sufrimientos relacionados con nuestro aprendizaje, en la Escuela de Cristo.

Todos nosotros apreciamos un hermoso día de sol; pero cuando las nubes esconden el azul del cielo, entramos en depresión. Spurgeon dice que: “*¡Las nubes son apenas el polvo*

dejado por los pies del Señor! En un día nublado y negro, Él está tan cerca.". F.B. Meyer dice: "Todo cristiano sincero anhela vivir una vida victoriosa, pero la corona de hierro del sufrimiento precede a la corona de gloria". Hannah Smith dice que todo el sufrimiento de José fue como el "carruaje" de Dios para llevarlo al trono de Egipto. Una hermana del pasado quedó prisionera en una celda a diez metros por debajo del nivel de la calle, durante diez años, por causa de su fe en el Señor. Ella experimentó el secreto de la prueba y dice que aprendió "a amar la oscuridad de la tristeza, porque allí veía el brillo de Su faz" (Mme. Guyon). Es verdad que anhelamos conocer las cosas espirituales profundamente, pero nos olvidamos que "en la escuela del sufrimiento se gradúan pocos doctores" (Anónimo). Nuestra tendencia natural es querer vivir siempre una vida tranquila, sin obstáculos y sin ninguna otra cosa que pueda quitarnos la paz. Pero lo que muchos cristianos desconocen es que: "nuestro aprender es mucho mayor bajo la vara de Dios que nos castiga, que bajo Su cayado que nos consuela" (S. Charnock). Cómo el Señor clasifica nuestra fe: ¿por una grande fe? o dice: ¿Hombres de poca fe? La fe que no soporta el momento de la prueba, no pasa de ser una simple confianza carnal. "Fe en tiempo de bonanza no es fe" (Spurgeon). Que el Señor nos ayude a ver que: "de mil aflicciones, no son quinientas entre ellas las que cooperan para el bien del creyente, ni novecientas noventa y nueve, sino las mil" (G. Müller). Jacob necesitó aprender a negarse a sí mismo y a tomar su cruz. En el vado de Jaboc (Peniel), él fue quebrantado, y de allí en adelante necesitó apoyarse en un bastón. Aquel bastón en Jacob, vino a ser símbolo de los tratamientos que él recibió del Señor. Cuando llegó al final de su carrera, la Escritura dice en Heb. 11:21 que él: "...adoró a Dios apoyado en un bordón...". Por eso amado hermano: "acepte su cruz como un bordón y no como un tropiezo" (Anónimo).

Prueba y Paciencia – 1:3

"...sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia..."

A continuación, Santiago enseña los motivos para que recibamos las pruebas con gran alegría. Primero aclara que la fe debe ser "probada". El término griego "dokimion" es

usado para la purificación del oro. Pedro hizo referencia a eso cuando escribió: "...En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo..." (1 P. 1:6-7). La prueba tiene un objetivo positivo, comprobado en el uso de la palabra griega "dokimion". Esa era la palabra usada también para describir la purificación de las monedas, con el fin de descubrir si el metal era puro, o si solo era una mezcla. La prueba en sí no purifica a nadie, pero nos coloca en la posición, donde podemos ver cómo Dios nos ve. Si nuestra reacción para con la prueba fuese correcta (de gozo), entonces, ella producirá en nosotros "paciencia", es decir, que experimentaremos "constantes avances sin desvíos". Pero el término griego "hipomene" aquí traducido como "paciencia", indica la capacidad de sufrir bajo situaciones adversas dándoles la bienvenida y conquistándolas. El término paciencia es más usado para nuestra reacción con relación a las personas. El término perseverancia es más usado con relación a la reacción con las cosas. No se trata apenas de conseguir "soportar" las dificultades, sino de ser capaces de transformarlas en grandeza y gloria. Si la "paciencia" (hipomene) tuviese "su obra completa", esto es, si nos mantenemos en "constantes avances y sin desvíos", el Espíritu Santo nos tornará perfectos, íntegros y en nada negligentes.

Prueba y Carácter – 1:4

"...Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna..."

Madurez: "...Para que seáis perfectos..."

Esta palabra "perfectos" en griego es: "teleios", y la idea es de perfección con un determinado fin. Un animal para el sacrificio, en el Antiguo Pacto, era "perfecto" si estaba en condiciones de ser ofrecido a Dios; un estudiante es "teleios", perfecto, si ya ha aprobado los primeros estadios de su aprendizaje y alcanzando madurez; un ser humano

es “teleios”, si ya traspasó la edad de desarrollo corporal, alcanzando su máxima estatura. La paciencia, aquella virtud del Espíritu Santo que nos capacita a avanzar sin desviarnos, nace de la reacción correcta para con las pruebas, tornándonos cristianos “teleios” (perfectos). La prueba de nuestra fe más la paciencia, nos torna espiritualmente maduros (teleios), es decir, ninguna gracia cristiana, en sus débiles comienzos es perfecta (teleios), pero todas ellas, llegan a la madurez; veamos: Stg. 1:4, 17, 25; 3:2; 1 Co. 2:6; 13:10; 14:20; Fil. 3:15; Col. 1:28; 4:12; Mt. 5:48; 19:21; Jn. 19:30; Ro. 12:2; Heb. 9:11.

Integridad: “...Para que seáis... cabales...”.

El término griego para “cabales” es “rolokleros” y significa entero, completo, perfecto en cada parte. El término era usado para describir las condiciones del animal que sería ofrecido a Dios, así como al sacerdote apto para servir a Dios. Quiere decir que, el animal y el sacerdote no podían tener ninguna mancha o defecto que los desfigurase, pues serían descalificados. En nuestra vida cotidiana significa que al cristiano no debe faltarle ninguna gracia ni virtud del carácter de Cristo. Ser “cabales” significa tener todas las partes, y todas las partes completas. Vea: Stg. 1:4; 1 Ts. 5:23; Hch. 3:16.

El apóstol Pedro describió de forma bien clara lo que sucede en la vida de un cristiano que madura, y se torna “cabal”, cuando coopera con la obra del Espíritu Santo en él: “...vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor...” (2 P. 1:5-7). Pedro menciona ocho virtudes, incluyendo la fe inicial. Aquí tenemos claramente la idea de “añadir” obra, es decir, nosotros más “en”, “con” y “por” el Espíritu Santo. Entonces necesitamos añadir estas ocho virtudes; cada una de ellas deberá ser plenamente desarrollada en la vida de cada cristiano. Ese es el sentido de la palabra “cabales” (kolokleros).

El Carácter de Cristo: “...Sin que os falte cosa alguna...”

El término griego para: “...Sin que os falte...” es “leipesthai” y puede ser usado en relación a la derrota de un ejército, a desistir en una lucha o en fallar para no alcanzar una meta. Santiago usa el mismo término cuando se refiere a la “falta” de sabiduría y a la “necesidad” del mantenimiento (Stg. 1:5 y 2:15). La prueba de vuestra fe produce paciencia; pero, la paciencia debe tener su obra completa, es decir, no debemos interrumpir la operación que la prueba está realizando en nosotros. Si nos mantenemos constantes y sin desvíos durante el período de la prueba, nos tornaremos maduros (perfectos, teleios), cabales (completos, rolokleros) y el resultado final es que no nos falte cosa alguna (sin falta, leipesthai).

Si la paciencia no tiene su obra completa, es decir, si interrumpimos la obra del Espíritu Santo a través de la prueba, perdemos todo lo que fue realizado hasta ese momento. Más tarde, el Señor tendrá que retornarnos hasta aquel punto y comenzar todo de nuevo. Por eso, el peor disparate que el creyente puede cometer, es gritar pidiendo a Dios que retire la prueba, por “no” poderla soportar más. Cada prueba es medida y cuidada amorosamente por la mano del Señor, de tal manera, que encaja perfectamente a nuestra necesidad; y cada hijo Suyo logra soportar el sufrimiento. Nunca seremos probados más allá de nuestras fuerzas y/o capacidad espiritual.

El Dr. Kenneth West en su “Traducción Ampliada” (Expanded Translation), y J.B. Phillips en su paráfrasis “Cartas para Hoy”, nos ofrecen la siguiente lectura para el Texto de Santiago 1:3-4; West: “Sabiendo experimentalmente que la prueba de vuestra fe, la fe colocada en prueba, con el propósito de ser aprobada y habiendo sido aprobada al pasar por la prueba (por este proceso de aprobación), produce una paciencia que soporta y no pierde el ánimo ni el coraje estando bajo pruebas. Pero la paciencia mencionada, debe tener permiso para completar su obra, con el fin de que seáis espiritualmente maduros y completos en cada detalle sin que les falte cosa alguna”. Phillips: “Entiendan que ellas (las pruebas) vienen para probarles la fe, y

generar en ustedes paciencia. Pero dejen que ese proceso continúe hasta que la paciencia se desarrolle completamente, y descubrirán que se pueden tornar en hombres maduros, con carácter íntegro, sin ningún punto débil”.

Prueba y Sabiduría – 1:5

“...Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada...”

La sabiduría aquí prometida, está íntimamente ligada con la cuestión de las pruebas. Generalmente no conseguimos comprender lo que nos está sucediendo durante el período en que estamos siendo probados. Frecuentemente somos llevados a pensar que cometimos algún pecado grave contra el Señor. Aun sin tener esa duda, seguimos perplejos con los métodos utilizados por el Señor. La promesa en este verso tiene que ver con esa legítima duda.

Como ya dijimos; algunas pruebas son prolongadas y el creyente se desgasta y acaba quedando irritado al no ver alguna señal de alivio. ¡Cuántos hijos de Dios se quedan esperando durante años por la solución de algo que les hace sufrir terriblemente, sin que ninguna solución aparezca! Es para situaciones como ésta, que el Señor promete conceder sabiduría. El secreto, continúa siendo la paciencia, pues si proseguimos fielmente con el Señor a través de la prueba, alcanzaremos un entendimiento completo y maduro, de lo que el Señor tiene en mente para nosotros con aquella prueba.

Prueba y Fe – 1:6-8

“...Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos...”

El Señor promete darnos sabiduría hasta que lleguemos al fin de la prueba, pero necesitamos pedirla con fe, no dudando nada. Fe y duda son dos cosas opuestas, pues

donde comienza la una, termina la otra. El que duda es un hombre de doble ánimo, simbolizado aquí por la inestabilidad de las olas del mar que son llevadas por el viento de un lugar a otro. Tal hombre no recibirá la sabiduría necesaria para concluir la prueba. Todos los que ya pasaron por alguna prueba, saben lo difícil que es permanecer firme durante ese tiempo. Necesitamos de la gracia y del socorro del Espíritu Santo para tomar posesión de esa valiosa promesa del Señor. Él ya prometió, y ésta (la sabiduría), ha de sernos concedida. En el tiempo del Señor conoceremos lo que Él está haciendo y cual es Su propósito. La duda y la inestabilidad son el impedimento para que: *“...la paciencia obtenga su obra completa...”*.

Prueba y Condición Social – 1:9-11

“...El hermano que es de humilde condición, gloriéese en su exaltación; pero el que es rico, en su humillación; porque él pasará como la flor de la hierba. Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas...”

El hermano de condición humilde del verso 9 es contrastado con el rico del verso 10; por tanto, ambos son cristianos. ¿Qué relación existe entre los hermanos pobres y ricos con la cuestión de las pruebas? *“El hermano pobre puede gloriarse porque Dios lo elevó a las verdaderas riquezas. El rico puede gloriarse porque Dios le mostró su pobreza espiritual. Pues el hombre rico se marchitará como las flores del verano”*. J.B. Phillips.

El tema aquí es la prueba, y ciertamente Santiago no está tratando otro asunto. Los dos hermanos, el rico y el pobre, estaban pasando por pruebas. La prueba para el rico lo abatía y humillaba, revelando su igualdad con los demás hermanos en la iglesia. La abundancia de bienes generalmente provoca arrogancia, pero la prueba trae un recordatorio claro del Señor, con respecto a la transitoriedad de los bienes materiales. En el verso 11 Santiago usa la figura del sol que: *“...se levanta en su furor y hace secar la hierba; su flor cae y la belleza de su aspecto perece; así también*

se marchitará el rico en sus caminos..." La hierba que se seca, la flor que cae desapareciendo su hermosura, simbolizan el tratamiento del Señor, el sol representa la prueba enviada. Ya el hermano pobre, debía gloriarse en su exaltación, pues siendo probado, podrá alcanzar niveles superiores de vida celestial, que ninguna riqueza de este mundo podría proporcionarle.

En el capítulo siguiente, Santiago declara: "...*Hermanos míos amados, oid: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?...*" (Stg. 2:5). Aquellos que conocen al Señor Jesús como Salvador y Señor, nunca podrán olvidarse de: "...*Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos...*" (2 Co. 8:9). Es por ese motivo que Pablo nos advierte para no gloriarnos en los hombres, "...*Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios...*" (1 Co. 3:21-23). ¡Gloria al Señor!

Prueba y la Corona de Vida – 1:12

"...Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman..."

Aquí Santiago concluye su exposición sobre el propósito de las pruebas. La palabra griega "peirasmos" es usada tanto para provocación como para tentación. El hombre bienaventurado de este versículo, es aquel que persevera durante la provocación. El término "soporta" es el mismo usado para "paciencia" del versículo 4. En el versículo 3 él menciona la prueba de la fe, y ahora retorna al pensamiento, hablando del hombre que fue probado, y fue "aprobado". El término griego es "dokimos" cuyo sentido es el desarrollo del carácter al cual él se refiere en los versículos 2 al 4.

Las palabras de Pablo a los Romanos son bien semejantes a éstas de Santiago: "...*Y no sólo esto, sino que también nos*

gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza..." (Ro. 5:3-4). Santiago dice que debemos alegrarnos con las pruebas y Pablo declara que debemos gloriarnos en las tribulaciones. La palabra "prueba" en griego, del texto de Romanos 5:4, es "dokimen", cuyo sentido es "carácter". Por tanto, el propósito anhelado por el Señor en las pruebas es un carácter aprobado, maduro.

¿Por qué el cristiano aprobado es bienaventurado? Porque él fue calificado para recibir la "Corona de Vida". La vida eterna nos es dada gratuitamente por Dios, pero la vida abundante exige nuestra cooperación. Todo aquel que cree, tiene vida eterna, pero la corona de vida está reservada sólo para los que fuesen aprobados en la prueba. El Nuevo Testamento hace referencia a cinco tipos de coronas: la "Corona incorruptible" (1 Co. 9:25); la "corona de gozo" (Fil. 4:1,3); la "corona de justicia" (2 Ti. 4:8); la "corona de gloria" (1 P. 5:4) y la "corona de vida" (Stg. 1:12). Las coronas están relacionadas con el "galardón" y representan la "Doble Porción" que Job recibió.

En el final Santiago habla de los que son considerados bienaventurados por haber perseverado, y cita la experiencia de Job y el fin que el Señor le dio. Si un hijo de Dios persevera aún estando bajo duras pruebas, eso prueba el cuánto Él lo ama. Pablo dice: "...*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados...*" (Ro. 8:28). Sólo los que aman a Dios pueden soportar el fuego de la prueba, sin desistir; aunque no puedan explicar lo que esté sucediendo, aun así, ellos prosiguen declarando que Dios es fiel, y que Su voluntad es buena, agradable y perfecta, como dice Ro. 12:1-2.

CAPÍTULO 2

EL FIN DE LA TENTACIÓN: MUERTE

Stg. 1:13-16 y Job 2:8-9

Ahora entramos en la segunda parte de la introducción de Santiago. En los versículos 2 al 12 el escritor nos enseña que las pruebas proceden del Señor, y que el propósito de éstas es para que: "...seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna...". Para que eso suceda, debemos ser pacientes durante el tiempo de la prueba, y una de las provisiones del Señor para nosotros, es la dádiva de la "sabiduría" para que sepamos cómo podemos conducirnos en ese período. Santiago demuestra un segundo uso de la palabra "peirasmos", palabra griega usada tanto para "prueba" como para "tentación". En "prueba", tiene un sentido más amplio, y en "tentación", un sentido más limitado.

Pero lo que el autor quiere transmitir es que en toda prueba existe también la tentación. Job fue probado por el Señor, pero fue satanás quien tentó a Job para que maldijera a Dios, por causa de sus problemas (Stg. 1:11; 2:5-9). La prueba coloca nuestra fe en el fuego para tornarla real; la tentación toca nuestra naturaleza caída, y trata de llevarnos a la desobediencia. Debemos ser vigilantes en el período de la prueba, pues una verdad indiscutible es, que satanás intentará durante ese tiempo, llevarnos a pecar contra el Señor. En este punto, Santiago nos muestra la gran diferencia entre prueba y tentación.

La Tentación no Proviene de Dios – 1:13

"...Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie..."

Pero ¿Jesús no es Dios Hijo? Y si Jesús fue tentado por el diablo, entonces ¿cómo podemos afirmar que "...Dios no puede ser tentado por el mal..."? ¿No dice en Hebreos 4:15 que Él fue tentado en todo como nosotros? Pero, ¿será que no existe ninguna diferencia entre la tentación del Señor y la

nuestra? Sin duda que existe. Y es muy importante esa gran diferencia, pues, si no la tenemos en cuenta, puede tocar la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Los Evangelios afirman que Jesús fue llevado al desierto para ser tentado por el diablo (Mt. 4:1; Mr. 1:12 y Lc. 4:2). Entonces ¿Qué es lo que ellos quieren decir con eso? Aquí tenemos que hacer una diferencia entre tentación "objetiva" y tentación "subjetiva". Si Jesús es Dios, Él no podría ser tentado por el maligno.

Aunque el Hijo de Dios se encarnó, Él no dejó de ser Dios. Él fue engendrado por la virtud del Espíritu Santo en el vientre de María; Él no tuvo papá humano, pues, si eso no hubiese sucedido, Él nunca podría haber sido llamado: "...la simiente de la mujer..." (Gn. 3:15). Jesús es el único, en toda la historia de la humanidad, que puede ser llamado así. Cada papá transmite el pecado "original" a sus hijos en el momento de engendrarlos; pero Jesús no fue contaminado con el pecado de la raza caída porque Él fue engendrado por el Espíritu Santo. Él era "El Santo de Dios" desde el vientre de su madre. En una determinada época de Su ministerio en este mundo, Jesús declaró: "...No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí..." (Jn. 14:30). Y ¿qué fue lo que quiso decir nuestro Señor con esas palabras? Que nada en Su vida podía identificarse como que le perteneciese al diablo. En otras palabras, Jesús no poseía nuestra naturaleza caída, sino que para salvar a la humanidad tomó la misma naturaleza de Adán y Eva, pero aquella que era antes de la caída. Por eso, en Su humanidad no existía el "viejo hombre", la "carne"; esa es la razón por la cual Él no podía ser tentado por el mal y pecar, como sucede con nosotros.

Tentación Objetiva y Subjetiva

"...Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo... Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios..."
(Lc. 1:32,35)

Al declarar que el príncipe de este mundo nada tenía en

Él, nuestro Señor Jesús manifestó Su divinidad, así como Su superioridad como ser humano, o sea, por la manera cómo el pecado “original” es transmitido a los hijos por sus padres en el momento de engendrarlos. (Sal. 51:5). La explicación para el hecho que el Señor hubiese sido “tentado” en todas las cosas como nosotros, *pero sin pecado*, está en los dos aspectos de la tentación: El Objetivo y el Subjetivo. El diablo, sin la menor duda, ofreció al Señor Jesús todo lo que se pueda imaginar, con la intención de llevarlo a pecar. Adán desobedeció a Dios y cayó; pero Jesús, como el Hijo del Hombre, permaneció fiel al Padre, hasta la muerte.

La diferencia entre la tentación del Señor y la nuestra, es que Él no podía ser perturbado en Su interior cuando era tentado; en cambio, nosotros sí lo somos. La tentación para el Señor Jesús, es como si se pudiera hacer explotar un puñado de harina. Podemos colocar gran cantidad de pólvora en la harina, pero nunca conseguiremos explotarla. La pólvora sí explota. Es como si dentro del Señor hubiese harina y no pólvora, y, como si dentro de nosotros existiera la pólvora; es decir, aquella tendencia que nos perturba y que puede llevarnos a ceder y aceptar la tentación. Por ejemplo: podemos estar con hambre, y ser sorprendidos por la tentación del enemigo, en el sentido de llevarnos a robar alguna cosa que no nos pertenezca, para satisfacer la necesidad de alimento. Dentro del cristiano se produce una lucha de “vida nueva” contra “el viejo hombre”, con el fin de no aceptar los ofrecimientos del enemigo. En Jesús esta lucha no existía, pues dentro de Él no estaba “el viejo hombre”, es decir, “la vieja naturaleza”, o sea, la naturaleza caída. Por eso, en ese sentido, ningún esfuerzo del diablo podría despertar dentro de Jesús ningún deseo de practicar el mal sugerido.

Estas palabras, del bendecido expositor de las Escrituras, F.W. Grant, nos ayudarán a entender de forma más clara esta cuestión: *“Existen dos conceptos respecto a tentación y provocación (porque en el griego existe el mismo término para esas dos palabras): aquello que es probado por medio del sufrimiento, y aquello probado por medio de la tentación o con engaño. De esa*

manera, la persecución y el deseo pecaminoso son pruebas, solo que nos referimos generalmente a ésta última, como “tentación”. Mientras esté del lado de afuera, puede ser resistida, pero si la tentación tuviese respuesta del corazón, eso comprueba que el pecado ya está allí. Es en ese sentido, que nuestro bendito Señor no podía ser tentado, pues no había nada dentro de Él que pudiera seducirlo. Las varias pruebas del versículo 3, indudablemente que son pruebas por medio del sufrimiento; aunque las pruebas puedan llegar de otra forma” (“The Numerical Bible, Epistle of James”, pág. 199).

Tentación y Concupiscencia – 1:14-15

“...sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte...”

Continuando con su propósito de demostrar que Dios no tienta a nadie y que Él mismo no puede ser tentado ni por el enemigo, Santiago pasa a mostrar cómo es que el cristiano puede llegar a pecar. El dice que en nosotros existe la “concupiscencia” que nos atrae y nos seduce. Esa concupiscencia cuando concibe, da a luz el pecado, y el pecado cuando es consumado, da a luz la muerte. Podríamos decir que esa concupiscencia es “la madre del pecado”. La tentación es el ofrecimiento del diablo para satisfacer nuestra carne; la concupiscencia es aquella tendencia interior que adquirimos a través de la caída, pues somos atraídos y seducidos por esa concupiscencia. La parte del diablo es la tentación, y nuestra parte es la concupiscencia; estos dos, juntos, dan a luz el “pecado”, y el pecado siendo consumado, da a luz la muerte. Podríamos decir también que la concupiscencia es “la madre del pecado”, el pecado “el hijo” y la muerte “el nieto” de esa concupiscencia. Pablo la expresó de otra forma al decir: *“...Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”* (Ro. 6:23). Sin la menor duda, estos pasajes se refieren a la muerte espiritual; pero la muerte física también está incluida. Muchos pierden prematuramente la vida física por causa del pecado, como vemos en pasajes del Libro de Proverbios (10:27; 11:19; 12:28; 13:14 y 19:16).

El fin de la tentación es llevar a un hijo de Dios a pecar, y romper su comunión con el Padre; ¡pero gracias a Dios! la separación es apenas temporal, y se limita apenas a la cuestión de la comunión. Somos hijos de Dios y nuestro parentesco con Él no puede ser anulado, pues, nacimos de Dios, nacimos de lo Alto, nacimos del Espíritu, y somos miembros del Cuerpo de Cristo.

CAPÍTULO 3

ORIGEN DE LAS PRUEBAS: EL PADRE DE LAS LUCES Stg. 1:17-18

Santiago concluye su introducción demostrando que toda buena dádiva procede del Padre de las Luces, en el Cual no existe mudanza, ni sombra de variación. El creyente puede descansar en la prueba, pues ésta es una buena dádiva del Padre celestial. Su primera buena dádiva para con los seres humanos pecadores, es la regeneración para una nueva vida.

Las Pruebas son Dádivas de Dios – 1:17

“...Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación...”

Con la exhortación del versículo 16: “...Amados hermanos míos, no erréis...”, el autor llama nuevamente la atención de sus lectores, en el sentido de no confundir prueba con tentación, entrando inmediatamente a demostrar por qué Dios no puede ser el autor de la tentación. Aquí Santiago enfatiza el aspecto positivo, ya que en los versículos 13 al 15 demostrará el aspecto negativo; es decir, Dios no tienta a nadie y Él no puede ser tentado por el mal, por causa de la Naturaleza Propia de Su Ser. Ahora, Santiago muestra que toda buena dádiva y todo don perfecto, tienen su origen en el Padre de las Luces, en el Cual, no hay mudanza ni sombra de variación. Los cuerpos celestes tienen variaciones, como el sol, la luna y las estrellas. En cambio, nuestro Padre es Inmutable. Él no concede buenas y malas dádivas. Toda buena dádiva y todo don perfecto sólo pueden venir de Él. Todo cuanto Él hace es bueno y puro. No existe variación, ni atraso, ni prórroga, ni hace sombra, por causa de mudanzas. ¡Él es el Sol de Justicia que nunca se oculta! Él está siempre brillando y concediendo buenas dádivas, según Su naturaleza.

La Regeneración es Dádiva de Dios – 1:18

“...Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas...”

Al decir que Dios «...nos hizo nacer por la palabra de verdad...», Santiago hace un juego con la expresión del final del verso 15: “...da a luz la muerte...”, ya que el verbo usado para “...nos hizo nacer...” y “...da a luz...” es el mismo en el griego: “apokio”; esto es, la codicia da a luz el pecado; el pecado da a luz la muerte. En cambio, El Padre de las luces, a través de la Obra del Espíritu Santo, nos da a luz a nosotros, Sus hijos, en Cristo. Ésta es una de las mayores dádivas y don perfecto que el Padre nos concede. Cuando somos engendrados de nuevo, regenerados, nos tornamos, para Dios, en una especie de “primicias” de Sus criaturas, como dice el verso 18. Eso nos recuerda las palabras de Pablo en Romanos 8, versos 19 al 21, donde está escrito que Dios ha de traer libertad a la creación por medio de la liberación de Sus hijos. Toda la creación está gimiendo, hasta hoy, aguardando la manifestación de los hijos de Dios.

SEGUNDA PARTE

CÓMO REACCIONAR EN LA PRUEBA

Santiago 1:21 al 5:6

Job 3:1 al 41:34

Capítulo 1.

Pronto para Oír:

Stg. 1:21 al 2:26

Capítulo 2.

Tardo para Hablar:

Stg. 3:1 al 18

Capítulo 3.

Tardo para Airarse:

Stg. 4:1 al 5:6

CAPÍTULO 1

PRONTO PARA OÍR Stg. 1:19a

Ser Pronto para Oír

Stg. 1:21 al 5:6

Job 3:1 al 31:31 y 32:1 al 42:17

Desde el capítulo 1:21 hasta el 5:6, Santiago va a mostrarnos cuál debe ser la reacción correcta del cristiano cuando pasa por pruebas. El riesgo que corremos, en estos períodos de prueba, puede ser resumido en las tres declaraciones del versículo 19: *"...Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardado para hablar, tardado para airarse..."*. Vamos a concentrarnos en la primera de esas advertencias: Dispuestos para oír. La disposición para oír es de valor inestimable en los períodos de pruebas. Si alguien desea cultivar la virtud de la paciencia, él debe aprender a oír. A partir del 1:21, Santiago pasa a mostrar algunas características de aquellos que tienen disposición para oír durante las pruebas.

Limpiando el Oído Espiritual – 1:21a

"...Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia..."

Santiago primero se refiere al aspecto negativo. Es decir: *"desechar"*, término griego que es usado como para *"quitarse la ropa"*. Las dos cosas a desechar son: la inmundicia y la malicia. El término *"inmundicia"*, viene de una raíz relacionada con *"cera de oído"*; es bastante interesante que el Espíritu Santo haya usado este término, pues el propósito de Santiago es mostrar cómo debemos estar dispuestos a oír en los tiempos de prueba. La cera en el oído puede disminuir la audición, y por eso, una limpieza debe ser realizada. El otro término *"malicia"*, es bastante amplio y su sentido es: *"cualquier cosa que se opone a la pureza"*. Estas dos cosas siendo alcanzadas, desechadas, dan condiciones al creyente de oír la Palabra de Dios. El aspecto positivo es *"...recibir con mansedumbre la palabra*

implantada...". Implantar es colocar dentro, y el canal por donde la Palabra entra, es el oído. Pablo dice en Ro. 10:17 que: *"...Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios..."*. Muchas veces el Señor nos envía Su palabra, pero no la podemos oír, por causa de la obstrucción en nuestros oídos espirituales.

Recibiendo La Palabra con Mansedumbre – 1:21b

"...recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas..."

Si recibimos con *"mansedumbre"* la Palabra en nosotros implantada, Ella realizará en nosotros la salvación de nuestras almas. En este punto, Santiago revela algo de gran importancia para que podamos entender su mensaje. Si ya fuimos *"engendrados de nuevo por la Palabra de la verdad"* como dice Stg. 1:18, ¿Por qué nuestra alma aún necesita ser salva? Porque cuando nacimos de nuevo, Dios regenera nuestro espíritu. Nuestra alma y cuerpo permanecen sin mudanza. Después de vivificar nuestro espíritu, que estaba muerto, Dios pone Su Espíritu dentro de nuestro espíritu nuevo: *"...El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios..."* (Ro. 8:16). Pero ¿la obra del Señor terminó en nuestras vidas? ¡De ningún modo! La vida de Dios que entró en nuestro espíritu debe alcanzar también nuestra alma y nuestro cuerpo.

Cuando oímos hablar de *"quebrantamiento"*, no entendemos, generalmente, que se trata del quebrantamiento de nuestra alma, o de nuestro *"yo"*. Necesitamos ser salvos de nosotros mismos, de nuestro egoísmo, de nuestro amor propio, y de todos los parientes próximos y distantes de nuestro Ego. Las palabras de Pedro, en 1 P. 1:9 nos ayudan a entender más claramente esta cuestión: *"...obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas..."*. Ahora, si el fin de la fe es alcanzar la salvación de nuestras almas, entonces; ¿Qué alcanza el inicio de la fe? ¡La salvación de nuestro espíritu! Cuando creemos en el Señor Jesús, nuestro espíritu es salvo; esto es el inicio, ser vivificado para Dios. A partir de ahí comienza la Obra del Espíritu Santo, apuntando el salvar nuestras almas. La salvación del

espíritu se llama “justificación”, y la salvación de nuestra alma “santificación” práctica.

Algunos pasajes de los Evangelios son bastante oscuros para muchos hijos de Dios. Mt. 16:24-28, Mr. 8:34:38 y Lc. 9:23-26 registran las palabras del Señor Jesús sobre: “hallar la vida” y “perder la vida”. Generalmente entendemos que el Señor se estaba refiriendo a las personas de este mundo, que rechazan el Evangelio, para continuar viviendo en los placeres de la carne y del pecado. Pero, lo que el contexto muestra es que Jesús se está refiriendo a Sus discípulos. El texto de Mt. 16, por ejemplo, nos muestra a Simón Pedro, siendo usado por el enemigo para tratar de desviar al Señor Jesús del Calvario. Él había dicho que iría a Jerusalén y que sería muerto. Al oír eso, Pedro comenzó a reprenderlo diciendo: “¡Ten pena de ti Señor!”, y podemos entender como que Pedro le dice: “¡Ten pena de tu alma, Señor!”.

El discípulo estaba intentando protegerse a sí mismo, pues él debería seguir al Maestro por donde quiera que Él fuese. Si el Señor no tuviese que morir en Jerusalén, Pedro tampoco correría ese riesgo. Es ahí, en ese acontecimiento, que el Señor dice: “...Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida (alma, en griego), la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará...” (Mt. 16:24-25). Observe que el Señor se está dirigiendo a Sus discípulos. La primera llamada es “venir” (Mt. 11:28), pero aquí lo que trata es de seguir “en pos” de Él, ser discípulo de Él. Para no dejar duda que Jesús se refería a la actitud, relacionada con personas ya convertidas, Jesús concluye diciendo que un día Él regresaría y recompensaría a cada uno “...según sus obras...” (Mt. 16:27). La cuestión de negar nuestro ego, nuestra alma, de “perder nuestra alma” por amor del Señor, está relacionada con el galardón, y no con relación a la dádiva de la vida eterna.

Siendo Hacedores de la Palabra – 1:22 al 24

“...Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que

considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era...”

Los evangelios Mateo, Marcos y Lucas presentan una secuencia lógica con respecto a la Palabra referida anteriormente. Mateo 13:23 dice que debemos: “...oír y entender...”, Marcos 4:20 que debemos: “...oír y recibir...” y Lucas 11:28 que debemos: “...oír y guardar...”. Santiago nos advierte sobre la posibilidad de convertirnos solamente en “oidores” y no “hacedores” de la Palabra. Ser apenas oidores es engañarnos a nosotros mismos. La Palabra que fue implantada en nosotros, tiene como fin la salvación de nuestras almas. Nuestra alma está compuesta de mente, emoción y voluntad, o sea, de lo que pensamos, sentimos y queremos. Es nuestra personalidad. Después que Adán comió del fruto del conocimiento del bien y del mal, su alma entró en confusión y quedó desgobernada. Practicar la Palabra, significa obedecerla, con el fin de que Ella pueda realizar Su obra en nuestra personalidad.

El solo “oidor” de la Palabra, es semejante al que se mira en un espejo y luego se olvida de como es su apariencia. Cuando Santiago usa la expresión “rostro natural”, él ciertamente se está refiriendo “al rostro del nacimiento”. En el capítulo 38 del libro de Éxodo, la Fuente de Bronce con agua, figura del Espíritu Santo y de la Palabra, fue hecha con los espejos de las mujeres, indicando claramente así, la finalidad de la Palabra de Dios: manifestar nuestra condición real, y de lo que Dios verdaderamente quiere realizar en nosotros.

Pablo se refirió a ese mueble del Tabernáculo en Efesios 5:25-26: “...así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra...”. Él compara aquí, el agua de la Fuente de Bronce, con la obra del Espíritu a través de la Palabra. Hebreos 4:2 dice que “...pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron...”. Para que pueda ser provechosa, Santiago está advirtiendo, que ser solo oidor de la Palabra no sirve de nada. El cristiano que no es practicante de la Palabra, no tiene conocimiento de

sí mismo y no es libertado de lo que aún es interiormente; cuando sin fe escucha la Palabra, él *"...considera su rostro en un espejo..."*, y no es hacedor, porque se olvida rápido de las cosas reveladas por la Palabra.

Hacedor en la Ley de la Libertad – 1:25

"...Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace..."

La Ley del Antiguo Testamento no trae mudanzas al corazón del hombre, ni puede ayudarlo a ser obediente. Por eso, Pablo dice en 2 Co. 3:6b que: *"...la letra mata, mas el espíritu vivifica..."*, y en el verso 7, que era un: *"...ministerio que perecía..."*. No obstante, la Ley del Nuevo Pacto actúa de acuerdo con nuestra naturaleza interior, sin provocar ningún tipo de esclavitud. Lo que oímos, por medio de la Palabra, ya está dentro de nuestra nueva naturaleza y debemos apenas permitir que eso se manifieste en nuestra conducta exterior. Es la propia expresión natural, de nuestra verdadera nueva naturaleza. Somos nuevas criaturas y la vida de Dios habita en nosotros, cuando permitimos que esta Nueva Naturaleza se manifieste, simplemente disfrutamos de la libertad de ser nosotros mismos.

En el Nuevo Pacto, la forma de actuar de Dios es diferente a la del Antiguo Testamento. Bajo la Ley, Él operaba de afuera para dentro, pero bajo la Gracia, Él opera de adentro para fuera. Somos regenerados por medio de la Palabra de Verdad, como dice Stg. 1:18. Después, Ella sigue siendo implantada en nuestras vidas; nuestra parte es obedecerla positivamente, manifestando exteriormente aquello que ya existe en nuestro interior. Según Ro. 7:1-5, ya morimos para el antiguo esposo, la Ley Mosaica, y nos casamos con otro esposo, el Señor Jesús resucitado, para andar en *"novedad de vida"* y no en la vejez de la letra como lo confirma el verso 6. La vida del Señor Jesús es una vida de obediencia, y esa Vida es la que está dentro de nosotros. Dejar que Ella se manifieste, es experimentar la verdadera Ley de la Libertad.

Refrenando la Lengua – 1:26

"...Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana..."

Continuamos hablando sobre las características de aquel que *"...que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace..."* Como dice Stg. 1:25. Ahora, Santiago va a tocar tres aspectos importantes: *la cuestión de la lengua, el cuidado para con los huérfanos y las viudas, y el guardarse puro del mundo.* Si alguien piensa estar envuelto con las cosas espirituales y no refrena su lengua, se engaña así mismo, y su práctica religiosa viene a ser vacía. Este primer asunto de la lengua, Santiago lo desenvuelve muy bien en el capítulo 3. La boca habla de lo que el corazón está lleno. Podemos orar en público muy bonito, cantar alabanzas, dar testimonio de victorias; pero, si nuestra lengua es usada, también, para mentir, engañar, criticar, calumniar y maldecir, entonces nuestra práctica, es tan solo una religiosidad completamente vacía.

Visitando a los huérfanos y las viudas – 1:27a

"...La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones..."

Si somos hacedores de la Palabra, también tenemos un corazón misericordioso para con los necesitados, aquí, como segundo aspecto, representados por los huérfanos y las viudas. Toda buena dádiva viene del Padre de las Luces y, por eso, si realmente lo conocemos como Padre, Su bondad y misericordia se manifestarán en nosotros y a través de nosotros. Martín Lutero rechazó la Epístola de Santiago, por causa de los enseñamientos y doctrina de las obras, llamándola: *"epístola de paja"*. Con todo ello, lo que existe en el pueblo de Dios es un desequilibrio en esa cuestión. Somos salvos por la gracia de Dios por medio de la fe en la Persona, obra y doctrina de Jesucristo, pero, también Dios preparó de ante mano las buenas obras, para que nosotros anduviésemos en ellas, como lo dice

en Efesios 2:8-10. Dios le dijo a satanás que en la tierra no había hombre semejante a Job. Lea sus discursos, y vea cómo Job trataba a los huérfanos, a las viudas y a todos los necesitados. Aquí Santiago está diciendo que: "...La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones...". Cuánto dinero es gastado continuamente con "piedras muertas" en medio del pueblo de Dios, mientras que las "piedras vivas" son olvidadas. Si fuésemos oidores y hacedores de la Palabra, nuestra lengua será refrenada, y nuestro corazón estará sensible para con los necesitados.

Guardándose de la Corrupción del Mundo – 1:27b

"...y guardarse sin mancha del mundo..."

El tercer aspecto que Santiago menciona es: "...y guardarse sin mancha del mundo...". En el griego no existe la letra "y" entre las palabras "tribulaciones" y "guardarse". Alguien sugirió que la traducción podría ser: "A fin de guardarse de la corrupción de este mundo, visite a los huérfanos y a las viudas". La práctica regular de ese mandamiento, se torna en protección contra la mundanidad. La injusticia social, el descuido para con los pobres, la falta de honestidad para con los derechos de los más humildes, son manifestaciones claras de las corrupciones de este mundo. ¡Cómo los más simples son explotados y engañados! Visitar a los necesitados, es en sí mismo, una protección contra esas corrupciones. En la primera parte del capítulo 2, Santiago aborda esa cuestión, de preferencia para con los ricos. El puente que une el capítulo uno al dos es la frase: "...guardarse sin mancha del mundo...". El respeto para con el rico, y el desprecio para con el pobre siempre fue una característica mundana.

Condenando la Discriminación Social – 2:1-7

"...Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en

pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?..."

Como ya dijimos, el desprecio por el pobre es una fuerte característica mundana. Santiago continúa con su línea de pensamiento mostrando otra característica de los cristianos que son meramente oidores de la Palabra. Él acabó de decir que la verdadera religión nos lleva a cuidar de los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y a guardarnos sin mancha del mundo. Si la Palabra implantada en nosotros no es acompañada y mezclada con mansedumbre y sumisión, y si no fuese recibida con fe, nuestra actitud siempre será de desprecio para con los pobres, y de preferencia para con los ricos.

El cuadro pintado por Santiago no parece ser solo imaginario, pues él afirma: "...Pero vosotros habéis afrentado al pobre...". Probablemente él había visitado algunas de las reuniones de ellos, y había podido vivenciar la situación aquí descrita. Es muy probable que algunos de los judíos aún se reuniesen en una sinagoga, pero eso no deja la menor duda de que ellos ya eran cristianos, y conocían muy bien lo que era la iglesia, como lo confirman sus palabras a ellos, en el versículo 14 del capítulo 5: "...llame a los ancianos de la iglesia...".

Los huérfanos y viudas mencionados al final del capítulo uno, están incluidos entre los pobres que eran despreciados. Afirmar que tenemos fe en el Señor Jesucristo, que es la Gloria, y hacer acepción de personas, es algo inconcebible. Él, el Señor que es la Gloria, nunca hizo distinción entre ricos y pobres, entre sabios e ignorantes. Todos eran iguales para Él, y necesitaban la misma atención y distinción. Quien vio y probó la Gloria del Señor ¡no puede dar valor material al brillo y gloria de las joyas y piedras preciosas!

¡Todos los que creen en el Señor son potencialmente oro, plata y piedras preciosas! ¡Todos los que eran barro, como Adán, ahora son piedras vivas y si permitieren la Obra del Espíritu Santo en ellos, podrán ser conformados en las piedras preciosas de la Nueva Jerusalén!

La actitud de preferir a los ricos menospreciando a los pobres, revela una mente carnal que hace juicio; el juicio contaminado de que el rico es mejor que el pobre. Los que así hacen, ignoran que la mayor parte de los miembros de la iglesia, son de condición pobre, y que ellos fueron escogidos "... ¿para que sean ricos en fe y herederos del reino que Ha prometido a los que Le aman?..." Los que tienen recursos en la vida, apenas para cada día, tienen muchas más condiciones de ser ricos en la fe, pues necesitan depender de la provisión diaria del Señor. En otras palabras ¡En la iglesia, el hermano materialmente pobre puede ser un millonario espiritual, y heredero del reino prometido por el Señor a los que lo aman!

Practicando la Ley Real – 2:8-13

"...Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad. Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio..."

Según la Santa Escritura, la Ley real es: "...Amarás a tu prójimo como a ti mismo...". Los que son practicantes de la Palabra y no meramente oidores de Ella, aman al prójimo como así mismos. Ellos están siempre prontos para oír, y oír responsablemente, obedeciendo las normas de la Palabra en ellos implantada. Si solamente oyen la Palabra, su actitud será de hacer acepción de personas y de ese modo, como dice en el verso 9, son condenados por la Ley

como transgresores. De acuerdo con el verso 10, la Ley Mosaica es un Todo, pero quien la quebranta en un solo punto, la quebranta toda. Discriminar al pobre en favor del rico es dejar de amar al prójimo y eso es pecado.

Debemos, como cristianos, vivir de acuerdo con la tremenda realidad de no estar más debajo de la Ley Mosaica. No obstante, tenemos otra ley, la Ley de la Libertad. ¿Cuál es el significado de esta Ley? Significa que Dios nos va a juzgar por medio de lo que ya nos dio. No somos llamados para crear nada, ni aun en la vida espiritual. Debemos responder únicamente a aquello que Dios mismo origina, así como el eco, que no da origen al sonido, sino que es simplemente la vía de regreso. ¡Quien así reacciona, está demostrando su disposición para oír, su disposición para amar y de excluir toda manifestación discriminativa!

Santiago concluye esta parte en el verso 13, diciendo: "... Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio...". Ya vimos que seremos juzgados por la Ley de la Libertad. La Ley Mosaica sólo exigía sin ayudar en nada. La Ley de la Libertad sólo exige aquello que ya nos fue dado. Sólo tenemos que oír responsablemente. Esta Ley de la Libertad tiene aún otra característica: Ella nos permite determinar qué tipo de juicio hemos de tener, como revela la primera parte del verso 13: "...Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia...". En el Sermón del Monte, el Señor Jesús mencionó las bienaventuranzas, y en una de ellas, Mt. 5:7, enseñó: "...Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia..."

Al enseñar sobre la cuestión del perdón, el Señor habló sobre nuestra necesidad de usar de misericordia. En Mt. 6:14-15 Él dice que debemos perdonar "...como somos perdonados...". Mateo 18 registra que cuando Jesús respondió a Pedro sobre el pecado de un hermano, incrementó la parábola del deudor incompasivo. Allí nos dice que aquel hombre perdonado en diez mil talentos (en esa época, equivalentes a 3.360.000.000 gramos de plata), debía haber usado de misericordia y perdonar la deuda de su consiervo, que

tan sólo le debía trescientos denarios (equivalentes a 70 gramos de oro). Santiago habla exactamente sobre eso y añade que "...juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia...".

Ro. 14:10 y 2 Co 5:10 nos revelan que un día todos los hijos de Dios compareceremos ante el Tribunal de Cristo, y debemos prestar cuentas de todo lo que hicimos por medio del cuerpo, sea bueno o sea malo. Si usamos de misericordia aquí para con nuestros hermanos y para con nuestro prójimo, la misericordia también será extendida a nosotros. El Señor tendrá muchos motivos para juzgarnos, pero si ejercitamos la misericordia aquí, en aquel día ella triunfará sobre el juicio. ¡Gloria a Dios! A la luz de estas cosas ¿cómo podemos usar de fría indiferencia para con aquellos que son pobres en este mundo? ¿Somos misericordiosos? Entonces; mostremos calor y sensibilidad a todos, sean ricos o pobres.

Mostrando Fe con Obras – 2:14-26

Santiago sigue mostrando lo que significa ser "...pronto para oír...". Debemos ser practicantes de la Palabra en nosotros implantada, la cual es poderosa para salvar nuestras almas. En el último párrafo él nos mostró la tremenda importancia de la misericordia y cómo ella podrá triunfar en el día del Tribunal de Cristo. El asunto, continúa abordando la cuestión relacionada con la fe y las obras. ¿Cuál es la ligazón entre los primeros tres versículos y los versículos siguientes? La práctica de la misericordia y de las buenas obras para con aquellos "pobres" mencionados en la primera parte del capítulo 2.

FE y OBRAS

¿Las Buenas Obras Salvan? - 2:14

"...Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?..."

Aquí el problema surge cuando tocamos la expresión: "...¿Podrá la fe salvarle?...". Pablo responde en Efesios 2:8-10

que sí: "...Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas...". El hombre es justificado, o salvo, por la gracia de Dios, por medio de la fe ¡en el momento que pone toda su confianza en el sacrificio redentor del Señor Jesús! Por tanto, podemos afirmar que ¡la fe salva sin las obras! Nadie es salvo por fe más obras. Eso es pervertir el Evangelio de la Gracia.

Quedamos confusos si no entendemos de cuál "salvación" está hablando Santiago. Él menciona que la Palabra en nosotros implantada "...puede salvar vuestras almas...". La salvación del alma tiene que ver con la santificación práctica y progresiva. Cuando creemos en el Señor Jesús "somos santificados" de una vez y para siempre, según nos revela hebreos 10:10 y 14, eso está relacionado con nuestra "posición" en Cristo, y no con nuestra "experiencia". (Ro. 6:22 y 1 Ts. 4:3 nos relevan que la santificación también es progresiva). La Biblia dice claramente que: "somos santos" y también que: "debemos ser santos". Entonces; es en este sentido que Santiago afirma que la fe sin obras no puede salvar "el alma" de nadie; esto es, que un creyente justificado por la fe en Cristo, puede impedir la obra del Espíritu Santo relacionada con la santificación práctica, es decir, no haciendo obras. En otras palabras, su espíritu fue vivificado y la vida de Dios entró en él, pero su alma continúa sin el gobierno del Espíritu Santo.

FE y OBRAS

¿La Fe sin Obras Tiene Valor? - 2:15-17

"...Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma..."

Con estas palabras Santiago deja claro que la cuestión aquí se refiere al tratamiento correcto para con los

hermanos pobres y necesitados. Eso está en línea directa con los “*huérfanos y viudas*” del capítulo 1:27. Aquel que es practicante de la Palabra, va a extender las manos a los necesitados y tener misericordia para con todos. Juan dice en su primera carta, verso 18 del capítulo 3, que no debemos amar “...*de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad...*”, también dice en el verso 17 que si tenemos bienes de este mundo y vemos a nuestro hermano “...*tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?...*”.

En los tiempos de prueba, quedamos muy auto-conscientes y nos olvidamos de todos a nuestro alrededor. Nuestra atención es puesta totalmente para nuestras aflicciones y necesidades. Ésta no es una actitud adecuada para los que desean perseverar hasta el fin, procurando tornarse perfectos, cabales, sin que les falta cosa alguna. Si nuestra fe se expresa apenas en palabras tales como: “...*Id en paz, calentaos y saciaos...*” ¿qué provecho se obtendrá con eso? Tal fe es muerta. Cuando abrimos el corazón y el bolsillo para ayudar a los necesitados, mostramos nuestra disposición para negar nuestro “yo” y quitarlo del centro.

FE y OBRAS

¿Cuál Fe es la que las Obras Comprueban? - 2:18-20

“...*Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?...*”

Nosotros podemos probar la existencia de nuestra fe, a través de nuestras obras. Pero ¿será que Santiago se está refiriendo a la “*fe salvadora*”? Hacer tal declaración puede crear grandes dificultades. Si fuera así ¿qué podríamos decir de una persona espiritista que realiza muchas obras? ¿Las obras de esas personas confirman su fe en nuestro Señor Jesucristo? ¡De ninguna manera! Por esa razón, creo que Santiago no se está refiriendo a la fe Salvadora. Ya vimos que Efesios 2:9 dice que la fe salvadora es un don

de Dios, independiente de las obras. La fe, en este texto de Santiago, nos está dirigiendo a la fe “*del diario vivir*”. Es ese mismo tipo de fe que los discípulos le pidieron al Señor Jesús para que les fuese aumentada, como dice Lucas 17:5. Es interesante observar que la declaración de Habacuc 2:4: “...*mas el justo por su fe vivirá...*”, fue registrada en tres libros del Nuevo Testamento: Ro. 1:17, Gl. 3:11 y Heb. 10:38 ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo precisó de los tres, para explicar el sentido exacto de las principales palabras de ese texto: *justo, vivir y fe*. Romanos nos explica lo que es *justo*, Gálatas nos muestra lo que es la *fe*, y Hebreos revela lo que es *vivir*. Santiago está en la misma dirección de la enseñanza del libro de los Hebreos, es decir, como nuestro diario vivir. Las buenas obras movidas y realizadas en el poder del Espíritu Santo, exigen el negarnos a nosotros mismos, o sea, negar nuestra alma. Es necesario tomar la cruz y seguir al Señor.

FE y OBRAS

Abraham: Su Fe y Obras - 2:21-24

“... *¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe...*”

Para ilustrar esa cuestión, Santiago escogió como ejemplo dos personajes del Antiguo Testamento: Abraham y Rahab. Ambos nos revelan los dos aspectos que estamos analizando. Todos concordamos que Abraham, en Génesis 15, fue justificado delante de Dios. No obstante, Santiago, en el 2:21, hace mención de otra justificación, relacionada con el ofrecimiento de Isaac en el Monte Moriah, testificado en Génesis 22:1-19. Rahab también experimentó esos dos tipos de justificación; la primera al “*recibir*” a los dos espías, y después la otra al “*despedirlos*”. Pablo, para explicar la experiencia de Abraham de Gn. 15:1-6, escribió el texto de Ro. 4:17-22. Ahora, el texto de Heb. 11:17-19

aborda directamente la justificación de Abraham de Gn. 22. Entonces, la justificación experimentada por Abraham en Gn. 15, debe ser leída y estudiada a la luz de Efesios 2:8-9. Y, por tanto, la otra justificación de Abraham experimentada en Gn. 22, debe ser acompañada a la luz de Stg. 2:20-26.

La declaración de Santiago en el 2:21, es bastante clara, puesto que dice: "... ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?...". Entonces, él insiste en mencionar la justificación que existe por las obras. Solo que no existe tal justificación por la fe más las obras al mismo tiempo. Pablo concuerda plenamente con eso, pues escribió en Ro. 4:2: "...Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios...". La expresión: "... pero no para con Dios...", permite la idea de la existencia de la justificación por las obras. Santiago continúa diciendo en el 2:22: "... ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?...". Ahí, al mencionar la ofrenda de Isaac, Santiago retoma el tema principal, que no es sobre la salvación eterna, pero sí sobre las pruebas, mencionado al comienzo de la Epístola en los versículos 2-4 y 12 del primer capítulo.

Esta prueba de Abraham, es considerada las más importante en la vida del Patriarca, y por la cual pasó gloriosamente triunfante. Necesitamos ver que cuando el Señor pidió a Isaac en Holocausto, Abraham ya había sido justificado por la fe; y quien fue para el altar fue Abraham. Isaac era su tesoro, y: "...donde está nuestro tesoro, también está nuestro corazón..." como dice Mt. 6:21. Al entregar a Isaac al Señor, el corazón de Abraham estaba yendo junto con él. En verdad, el Señor no quería a Isaac, pero sí a Abraham. Al amarrar a su hijo sobre el altar y al levantar el cuchillo sobre él, una espada estaba atravesando su alma, como aconteció con María, madre de Jesús, cuando contempló su hijo clavado en la cruz. En aquella prueba ¡Abraham se "negó a sí mismo", tomó su cruz y siguió al Señor! Abraham mostró su fe, obrando de esa manera, porque ya era justificado por la fe, y no obró, para poder alcanzar fe.

FE y OBRAS

Rahab: Su Fe y Obras - 2:25

"...Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?..."

Con respecto a Rahab, tenemos una doble actitud relacionada con los espías. Hebreos 11:31, dice que la prostituta Rahab: "...recibió los espías en paz...". Pero al referirse al mismo acontecimiento, Santiago dice en el 2:25 algo diferente: "...Rahab la ramera ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?..." El inicio de la fe de Rahab comenzó al haber recibido a los dos espías. Cuando ella los envió por otro camino, colocando su propia vida física en peligro, ella fue justificada por esa obra. Ella no se amó a sí misma, o sea, no amó su alma, su "yo", ella se arriesgó por amor al Señor y a Su pueblo, y probó esa tremenda verdad, aquí enseñada por Santiago. Podemos imaginar la gran tensión que originó toda aquella situación entre Israel y Jericó. ¿Y si los espías hubieran sido capturados y hubieran tenido que denunciarla? le habría costado la vida. Ese es exactamente el sentido de las palabras de Mt. 16:25: "... quien quisiere salvar su vida ("psique"- en griego), la perderá, quien la pierda por amor de mi, la hallará...". El pasaje de Ap. 12:11 trae mucha luz sobre lo que estamos hablando: "...Y ellos lo vencieron (al diablo) por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio y porque no amaron sus vidas (almas-Psique)...". Juntando a los pasajes de Mt. 16:25, Ap. 12:11 y la experiencia de Rahab con los espías, podemos ver claramente el significado de lo que significa: "perder el alma por amor al Señor".

FE y OBRAS

La Verdad Ilustrada - 2:26

"...Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta..."

Es muy interesante observar las cuatro palabras usadas por

Santiago, en el 2:26 "...cuerpo... espíritu... fe... obras...". La comparación hecha por él es muy interesante: el cuerpo sin espíritu está muerto; la fe sin obras está muerta. El espíritu mantiene el cuerpo vivo y las obras mantienen la fe viva. Si dejamos de actuar a través de nuestra fe, ella se atrofia en un cadáver de doctrinas. Existe algo llamado: "ortodoxia muerta" que no es otra cosa que la verdad, divorciada de la realidad. Las obras producidas por el amor y obediencia al Señor, y realizadas en el poder del Espíritu Santo, mantienen nuestra fe siempre viva, activa y operante. Pero, debemos dejar bien claro que, de ningún modo, las obras nos justifican delante de Dios. No existe tal justificación por la fe más las obras al mismo tiempo. La Justificación delante de Dios tiene que ver con nuestro espíritu, y está totalmente separada de las obras. La justificación delante de los hombres tiene que ver con nuestra alma, y está íntimamente ligada con las buenas obras.

Con el capítulo dos, Santiago concluye su explicación sobre lo que es: "*pronto para oír*", esa es la primera condición para los que desean perseverar durante el período de la prueba. Quien está "*pronto para oír*", va a recibir con mansedumbre la Palabra en él implantada, va a practicarla, va a refrenar su lengua, va a ayudar a los huérfanos y a las viudas, va a tratar a todos los hermanos sin distinción de clase o posición social, y tendrán el testimonio de las buenas obras.

CAPÍTULO 2

TARDO PARA HABLAR Stg. 1:19b

Ser tardo para hablar Stg. 3:1-18

Recordemos el tema propuesto para la Epístola de Santiago: Las Pruebas, cuyo propósito es la madurez espiritual. Debemos tener mucho cuidado para no confundir prueba con tentación, según el texto 1:2 al 18. Las pruebas están incluidas en las "*buenas dádivas*" y en "*todo don perfecto*" que proceden del "*Padre de las Luces*". Después de aclarar estos dos puntos a sus lectores, Santiago introduce su encargo principal, indicando cuál debe ser la correcta reacción de los hijos de Dios, cuando estuviesen pasando por pruebas. Él dice en el 1:19: "*...Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse...*". A partir del 1:21 hasta el 2:26, nos muestra cómo podemos ser "*dispuestos para oír*". Es preciso despojarnos de toda malicia e inmundicia, recibir con mansedumbre la Palabra implantada, ser practicantes de Ella y no tan solo oidores, cuidar de los huérfanos y viudas en sus tribulaciones, no hacer acepción de personas y estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos, cuando así lo exija la práctica de las buenas obras, conforme al ejemplo dejado por Abraham y Rahab.

Ahora Santiago pasa a mostrarnos la segunda característica necesaria a todo hijo de Dios que desea perseverar hasta el fin en las pruebas, para llegar a ser aprobados y dignos de recibir la corona de la vida que nos habla en el 1:12. Ser "*tardo para hablar*" es otra condición, para alcanzar tal fin. Todo aquel que no tiene como práctica las buenas obras, conforme se nos indica en el 2:14 al 26, tendrá como práctica el hablar descontroladamente. La ausencia de buenas obras produce abundancia de palabras vacías. Pero no debemos olvidar que Santiago está tratando la cuestión de las pruebas; por tanto, en este caso el hablar de aquí, está ligado íntimamente a la prueba.

Retornemos nuestra atención a la persona de Job, mencionado al principio del libro. Él fue probado por el Señor, y perdió los bienes, los hijos, la esposa y por último la salud. Pero como nos revela Job 1:22 y 2:10c: “...En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno...” “...En todo esto no pecó Job con sus labios...” Después de eso, vinieron sus tres amigos, Elifaz temanita, Bildad suhita, y Zofar naamatita, y con eso, el fuego de su prueba fue calentado al máximo. Job comenzó a hablar a partir del capítulo 3, y sólo terminó en el 31:40: “...Aquí terminan las palabras de Job...”. Esa parte del libro nos permite ver claramente que el siervo de Dios, en su prueba, no fue “tardo para hablar”, de ahí en adelante Job pasa a oír a Eliú y enseguida al propio Señor. A esa altura de su prueba, él declaró, 42:3b: “...Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía...”. Dentro de su gran sufrimiento, Job perdió el control de su lengua, habló de lo que no entendía, y multiplicó las vanas palabras. Pero al final de su prueba, Job oye estas palabras maravillosas que fueron de gran consuelo para su doliente corazón, en el 42:7-8: “...Y aconteció que después que habló YHWH estas palabras a Job, YHWH dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job. Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job...”.

Durante cierto período, Job rechazó someterse a la prueba del Señor, pero al final aceptó “...el yugo suave y la leve carga del Señor, así encontró el descanso para su alma...”, como lo dice Mt. 11:29-30. Él habló descontroladamente, pero un día su lengua se aquietó. En aquel momento en que sus palabras “acabaron”, Job aceptó “como motivo de gran gozo” su tan dura prueba. Su “paciencia” obtuvo “su obra completa”, él se tornó en “...perfecto y cabal, sin faltarle cosa alguna...”, Stg. 1:4.

El capítulo 3, que tenemos delante de nosotros, va a mostrar el por qué debemos ser “tardos para hablar”

durante el período de prueba. En la primera parte Santiago muestra lo que una lengua no domada puede provocar; en la segunda parte, él revela cómo la verdadera sabiduría puede manifestarse. Si deseamos entender lo que Santiago está hablando sobre la lengua y la cuestión de la reacción correcta durante las pruebas, entonces no podemos perder de vista la experiencia de Job. Cuando estamos bajo gran sufrimiento, generalmente perdemos el control de nuestras palabras. Pedro, con solo oír hablar de sufrimiento, entró en pánico e hizo tal declaración, que fue merecedor de tan grande reprensión en Mt. 16:21-23. Moisés, con amargura de espíritu, habló lo que no debía (Sal. 106:32-33). Con esa tela de fondo, el capítulo 3 puede quedar más claro para nosotros. Que el Señor pueda conducirnos con la Columna de Nube de Su Espíritu.

VIGILANDO LA LENGUA EN LA PRUEBA

Stg. 3:1-12

No Presuma de Maestro - 3:1-2

“...Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación. Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo...”

Cuando leemos la descripción de Santiago sobre la lengua, pareciera que no tiene nada que ver con la cuestión de las pruebas. Bueno, el escritor ya estableció su meta, en el 1:19 diciendo: “...Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse...”. Las divisiones en la Epístola son obvias y muy claras. En la primera parte, desde el 1:21 hasta el 2:26, él describió lo que es ser: “pronto para oír”. Ahora prosigue siguiendo la orden natural de las palabras: “oír, hablar y airarse”.

Santiago inicia este capítulo advirtiendo a sus lectores para no autodenominarse “maestros”. Él se refiere a la “posición” de maestro, y no al servicio que todo hijo de Dios debe prestar a sus hermanos, dentro del Cuerpo de Cristo. Como de hecho nosotros no sabemos nada, es más importante que seamos mejores “aprendices”, que

maestros. El maestro necesita usar su lengua para enseñar, y el período de prueba no es adecuado para asumir una posición de enseñadores. El solo hecho de estar siendo probados, testifica la necesidad de estar aprendiendo. En situación de prueba, las cosas no son claras para nosotros.

Son interesantes las palabras de Cristo en Isaías 50:4: "... YHWH el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios...". Aquí, la palabra "sabios" es más usada para "discípulo". ¡Nuestro Señor Jesucristo fue el verdadero Discípulo! Él siempre habló como aquel que siempre es sabio. Si tenemos conocimiento de que alguien está aprendiendo y recibiendo impresiones de Dios, gustamos de oírlo, pues tenemos la certeza que recibiremos algo. Fue eso lo que Juan dice: "...lo que hemos visto y oído..." en 1 Jn. 1:3a. Él enseña como discípulo, como alguien que primero había aprendido. Infelizmente tal palabra desapareció de nuestro vocabulario evangélico; pero, sería bueno si tomásemos más la posición de discípulos, que de maestros. ¡El Señor Jesús era instruido por el Padre, cada mañana con respecto de lo que Él debía de hablar! Así lo registra Jn. 15:15.

¡Cuando asumimos que sabemos, estamos trayendo mucha responsabilidad sobre nosotros! Y como dice Stg. 3:2a, eso se vuelve muy serio: "...Porque todos ofendemos muchas veces...". La característica del hombre "cabal" o "maduro", es que él no tropieza en palabra. El espíritu de aprendiz, tiene consigo un efecto protector, porque el aprendiz no piensa alto de sí mismo, y es la ausencia de eso lo que nos hace tropezar. Pablo dice en 1 Co. 8:2 que: "...si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo...". La enseñanza adecuada, para el pueblo de Dios, es aquella que transmitimos como aprendices y no como maestros, ya que nuestro conocimiento es limitado. Al necio siempre se le reconoce por la abundancia de palabras.

Gobierne Su Lengua – 3:3-4

"...He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad

también las naves;
aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son
gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las
gobierna quiere..."

Santiago ya había tocado este aspecto de ser "tardo para hablar", cuando categóricamente expresa en el 1:26 que: "... Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana...". Pedro también se refirió a eso cuando escribió 1 P. 3:10: "...Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño...". Es interesante observar que la característica de un cristiano maduro, presentada por el Espíritu Santo, no es la del conocimiento, ni la capacidad de enseñar, sino la de tener dominio sobre su lengua. ¡El verdadero maestro no nos sorprende por su habilidad para enseñar, pero sí, por el hecho de haber sido divinamente enseñado! Quien sabe dominar su lengua, puede también dominar todo su cuerpo. En estos versículos 3 y 4, Santiago nos muestra el poder de la lengua.

Dos figuras son usadas como contraste: ¡El timón de un barco y el freno en la boca del caballo! Usando el freno, podemos conducir un caballo; usando su pequeño timón, podemos gobernar un barco. El caballo es más fuerte que el hombre, y el barco aun mucho más grande, pero ambos pueden ser gobernados. Aquí, la lengua del hombre es comparada con el freno y con el timón. Si ella fuese dominada, podrá realizar el mismo papel del freno y del timón en el caballo y en el barco, como dice en el 3:2 "... Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo...".

No Encienda el Fuego de la Lengua – 3:5-6

"...Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno...".

Santiago pasa a mostrarnos el poder que tiene la lengua para el mal. Él dice que la lengua “...es un miembro pequeño, y se jacta de grandes cosas...”. La comparación es de un “pequeño fuego” que tiene la capacidad de incendiar un “gran bosque”. La lengua es un fuego, y en ella cabe “un mundo de maldad”, y está colocada entre nuestros miembros. Podemos ver el tamaño de nuestras lenguas por la expresión “mundo de maldad”. ¡No existe nada que la lengua no pueda incendiar, y su capacidad para contaminarnos es tremenda! “...contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación...”. Con el término griego que significa “rueda”, Santiago puede estar refiriéndose a la rueda de un carruaje en alta velocidad que está en llamas. Pero quien pone fuego a esa “rueda” es la lengua. Es probable que el escritor estuviese refiriéndose a la “rueda del nacimiento”, o sea, a la tendencia para pecar con la cual todos nacemos, como lo revela el Sal. 51:5. El fuego del infierno pone llamas a nuestra vieja naturaleza, la cual se manifiesta “inflamada”, a través de la lengua.

Cuidado con el Veneno de la Lengua – 3:7-8

“...Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal...”

En esos dos versos, Santiago procura mostrarnos la naturaleza indomable de la lengua. Lo que él quiere decir es que el ser humano puede domar todo, menos su propia lengua. Moisés, el hombre más manso del mundo, según Nm. 12:3, murió antes de tiempo por haber hablado lo que no debía (Sal. 106:36). La lengua está llena de veneno mortal. Ella es inflamada por el fuego del infierno ¡Qué cosa terrible! ¡Cómo debemos temer hablar sin cuidado! Todos llevamos veneno mortal en nuestras lenguas.

Atentos a la Inestabilidad de la Lengua – 3:9-12

“...Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma

abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce...”

La inestabilidad es otra característica de la lengua no domada. Aquí en Stg. 3: “...Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así...”, él usa la figura de una fuente, de la cual no puede brotar agua dulce y amarga, así como la higuera, que no puede producir aceitunas, ni la vid puede producir higos, y tampoco de la fuente de agua salada podrá brotar agua dulce. Las palabras de Salomón en Proverbios 18:21 resumen muy bien lo que Santiago habló en estos doce versículos.

Cuando somos colocados en alguna prueba por el Señor, debemos vigilar nuestra lengua para no hablar indebidamente. Cuando estamos sufriendo, nuestra tendencia es hablar desenfrenadamente. Ya vimos lo que aconteció con Job delante de sus tres amigos. Veintinueve capítulos fueron necesarios para describir los detalles de la argumentación de Job con ellos. Sólo el hecho de hablar durante el tiempo de la prueba, ya es peligroso y cuanto más si asumimos la posición de maestros. Al estar siendo tratados en algún punto fuerte de nuestra alma (personalidad), naturalmente seremos hallados en una posición desequilibrada, y es exactamente ahí, que pisamos en un campo minado. Santiago nos mostró la capacidad inherente de la lengua para el mal, y que domarla, es la cosa más difícil en la vida de los hijos de Dios. Ningún hombre puede dominarla; sólo el Espíritu de Dios. La inestabilidad de nuestra lengua se manifestará en cualquier momento; por eso, no podemos confiar en ella.

LA SABIDURIA DE LO ALTO LA SABIDURIA TERRENAL Stg. 3:13-18

Acabamos de ver el poder de la lengua para el mal y su gran inestabilidad. El tiempo de prueba no es favorable para quien le gusta hablar y principalmente enseñar. Salomón

declara en Proverbios 10:19: “...En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente...”.

Mansedumbre y Sabiduría - 3:13

“... ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre...”

Santiago comienza con una pregunta: “... ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?...”. Al comenzar el capítulo, él muestra que el sabio no es aquel que habla, ni quien asume la posición de maestro “...más aquel que domina su lengua y todo su cuerpo...”. Él no dice que el sabio no habla, sino, que él controla su lengua, diciendo lo que debe ser dicho en la hora correcta. Santiago amplía un poco más su enseñanza, al decir que la sabiduría de lo Alto es demostrada por su buena conducta “...a través de obras en sabia mansedumbre...”. La conducta prueba que las obras proceden de la Sabiduría, y que ella es expresada en mansedumbre. Si somos discípulos, como dice Mt. 11:29, tomemos el yugo del Señor Jesús, y aprendamos de Él a ser mansos y humildes de corazón. El verdadero sabio es aquel que toma el yugo del Señor, y experimenta el quebrantamiento de su propia voluntad.

Celos y Sentimientos Contenciosos - 3:14-16

“...Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa...”

La sabiduría terrenal, animal (del alma) y diabólica, es manifestada a través de “...celos amargos y contención...”; y donde “...hay celos y contención...” ahí hay “...perturbación y toda obra perversa...”. Santiago está diciendo a aquellos hermanos, que entre ellos había amarga envidia y fuerte rivalidad, y que cualquier esfuerzo de parte de ellos para recibir la sabiduría de lo Alto, era lo mismo que “...mentir contra la verdad...”. El término griego “eritheia” indica contienda, disputa, rivalidad y sentimientos contenciosos, expresando ambición por las posiciones de destaque en

medio de los hijos de Dios. Algunos intentaban alcanzar prestigio, levantándose en medio de los santos como maestros, pero su conducta no podía probar que en ellos existiese sabiduría y mansedumbre. La palabra griega “katakauchasthe” del 3:15 como “...desciende de lo Alto...” es la misma usada en “...la misericordia triunfa sobre el juicio...” del 2:13. ¿Qué es lo que el escritor está queriendo decir con eso? Que el creyente que osadamente intenta usar la verdad de Dios para complacer su “envidia” y “contienda” personal, está “triunfando sobre la verdad”. Es como si esa persona estuviese pisoteando la verdad de Dios, haciendo de ella algo inferior a sus ambiciones egoístas. La verdad de Dios, para este cristiano, sirve apenas como un “grado” más para que él alcance su propósito carnal.

Esta sabiduría, así manifestada, es terrenal, animal (del alma) y diabólica. Ciertamente Santiago aún estaba refiriéndose a aquellos que son apenas “oidores de la Palabra”, a los que no la reciben con mansedumbre, que no refrenan su lengua, que no ayudan a los huérfanos y viudas en sus necesidades, que hacen acepción de personas y no están dispuestos a negarse a sí mismos, ni a tomar su cruz cada día y seguir al Señor. La sabiduría “terrenal” tiene como meta el propio provecho de aquel que la manifiesta; la sabiduría “animal (del alma)” no tiene su origen en el Espíritu de Dios que habita en el espíritu del salvo; ella es sensual y brota de la carne; la sabiduría “diabólica” es inspirada y comunicada por la acción directa de los espíritus inmundos.

Si queremos identificar ese tipo de sabiduría, basta prestar atención a sus frutos, como dice el versículo 16: “...Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa...”. Los celos y contiendas provocan dos consecuencias inevitables en el seno de la iglesia: perturbación (akatastasia), desorden, turbulencia, y toda obra perversa (pragma). ¡Oh hermanos! Cuán verdaderas son estas palabras de Santiago. Muchos testimonios, lamentablemente tristes, pueden ser contados por los hermanos y hermanas, con relación a esa desastrosa verdad.

La Sabiduría de lo Alto y Sus Frutos - 3:17-18

“... Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz...”.

Santiago nos habla primero sobre el carácter del hombre sabio; después, de las características de la sabiduría terrenal, animal y diabólica; y ahora, él va a concluir mostrándonos la esencia de la sabiduría que viene de lo Alto. Debemos recordar sus palabras del 1:17 al inicio de la Epístola: *“...Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación...”*. La sabiduría de lo Alto es una de esas dádivas del Padre de las luces. Ella es contrastada de forma aguda con la sabiduría terrenal.

Ocho características nos son dadas de la sabiduría de lo Alto: pura, pacífica, amable, benigna, misericordiosa, de buenos frutos, sin incertidumbre y sin hipocresía. Ella es pura, esto es, no es contaminada por la envidia y la rivalidad de la sabiduría terrenal; es pacífica, pues busca armonía y sintonía entre los santos del Señor; es amable, pues no insiste en sus propios derechos; es benigna, es decir, está deseosa de someterse y salir del camino para que los demás puedan pasar. Cuando las primeras cuatro características existen en nuestras vidas, siempre será este el resultado: Llenos de misericordia, como dice en el 1:27, y en el 2:13, esto es, que ejercitaremos un corazón de perdón, llenos de comprensión, de auxilio e instrucción para con todos; seremos llenos de buenos frutos, según 1:22-25 y 2:14-16, esto es, andaremos en las buenas obras que el mismo Señor preparó de antemano, como nos revela Efesios 2:10; no seremos parciales, no haremos acepción de personas, no seremos hipócritas, pero sí transparentes y honestos, como lo dice en el 2:1-13; tampoco usaremos máscaras delante de los hermanos; a eso parece referirse todo este capítulo que estamos viendo. La *“buena conducta”* del verso 13, es descrita en esta segunda parte del capítulo.

Donde hay la sabiduría de lo Alto, habrá también paz

y tranquilidad en medio de los hermanos, y no habrá perturbación ni cosas perversas como dice el verso 16, pues éstos son los frutos de celos y contiendas por las posiciones de primacía. Aquel que es pacificador demuestra la sabiduría de lo Alto como sembrador. Él planta una semilla a través de su conducta, que como resultado produce *“el fruto de Justicia”* que nos habla el verso 18. La justicia entre los hermanos crece y florece cuando ellos viven en paz, por eso, el fruto de justicia debe ser sembrado en paz. El motivo que conduce a la siembra debe ser puro, en caso contrario, el resultado será disputa, contienda y rivalidad. Pueda el Señor llevarnos a experimentar las palabras del Salmo 133:1: *“...¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!...”*

CAPÍTULO 3

TARDO PARA AIRARSE

Stg. 1:19c

Santiago prosigue su introducción en lo tocante a la reacción correcta que debemos tener durante los tiempos de pruebas. Él ya dice en el 1:19 que en este período de prueba: *"...Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse..."*. Ya vimos el análisis de los dos primeros: "prontos para oír" del 1:21 al 2:26, y "tardo para hablar" del 3:1 al 18. Vamos a ver el tercero: *"tardo para airarse"* del 4:1 al 5:6.

La descripción dada por el escritor hasta el final del capítulo tres, fue suficiente para mostrarnos la situación en que se encontraban los hermanos de la dispersión según el 1:1. El período era de duras y variadas pruebas (Stg. 1:2), y la práctica de la vida cristiana entre ellos, estaba bien comprometida. Había acepción de personas, discriminación entre hermanos ricos y pobres, falta de socorro a los necesitados, duras competiciones por posiciones de primacía entre los hermanos. Todo eso resultaba en confusión y todo tipo de maldad.

El capítulo cuatro toca directamente en la cuestión de las guerras y contiendas entre los hermanos. Ellos no conseguían ver, según el 1:20, que *"...la ira del hombre no obra la justicia de Dios..."*. El capítulo tres revela el tipo de actitud que algunos tomaban en relación a los demás, enfatizando, principalmente, lo que ellos hablaban y lo que buscaban a través de sus propias enseñanzas. Santiago va a describir el resultado inevitable de ese posicionamiento.

Ser tardo para Airarse

Stg. 4:1 al 5:6

Codicias Carnales – 4:1

"... ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?..."

En el 4:1 él pregunta: *"... ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros?..."*, y él responde: *"...de las pasiones..."*. Santiago da personalidad a estos deseos, y los muestra como si fuesen guerreros dentro de nosotros: *"...las cuales combaten en vuestros miembros..."*, principalmente en la lengua. Pablo habla en Ro. 8:1 sobre *"...la ley del pecado y de la muerte..."*, antes, en el 7:23 había hablado de *"...otra ley en mis miembros que se rebela..."*. Dentro de los hermanos había una guerra declarada, y ellos ponían eso en evidencia, en la lucha y disputa de unos para con los otros. Ahí, la iglesia entra en confusión y tinieblas.

Ellos codiciaban y nada obtenían, y entonces *"mataban"*; había en el interior de ellos deseos contaminados y Santiago les habla de forma contundente. Ellos realmente no mataban, pero el sentido aquí, probablemente es el mismo usado en 1ª Jn. 3:15a cuando dice: *"...Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida..."*. David dice: *"El homicidio, en el sentido metafórico, está relacionado con los pecados de la lengua y de la envidia"*. Por causa de esas cosas, el ambiente entre los hermanos era transformado en un verdadero campo de batalla.

Podríamos quedar alarmados con las duras palabras de Santiago, pues él había reconocido en el 1:18, que ellos habían nacido de nuevo. Pero lea el capítulo 5 de 1ª Co. y vea lo que un cristiano, realmente regenerado, es capaz de hacer. Nuestra carne tiene el potencial de cometer cualquier tipo de pecado. Por esa razón es que Pablo en Gá. 5:17 dice que el Espíritu lucha contra la carne y la carne contra el Espíritu. ¡No debemos olvidar que la esencia del pecado de Luzbel fue el orgullo, la soberbia, la presunción! Quien comete ese tipo de pecado, puede cometer cualquier otro. Lo peor de todo esto es, que ellos, aunque pasaban por frustraciones en lo interior, no se acercaban para volver al Señor. Es tan lamentable encontrar a un hijo de Dios viviendo en esa forma; engañando y siendo engañado.

Deleites Personales – 4:2-3

"...Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis,

porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites..."

Ellos codiciaban lo que no estaba en el plan de Dios para ellos, y no obtenían lo que Dios les determinaba, porque no pedían. Santiago está hablando de las peticiones que podían ser respondidas, y que podían satisfacer sus necesidades fundamentales. Por otro lado, ellos pedían, solo que pedían: *"para gastar en sus deleites"*. Las peticiones eran contaminadas por el egocentrismo de ellos. Para entender estas palabras de Santiago, necesitamos ver lo que él ya habló como *"tela de fondo"*. Dios es el dador de toda buena dádiva y de todo don perfecto, como él ya dijo en el 1:17, solo que por aquello, muchas veces nuestro Padre Celestial no nos puede responder. Si Él nos diere todo lo que Le pedimos, tal dádiva no sería *"buena"*, ni el don sería *"perfecto"*. Frecuentemente vemos hermanos de la iglesia, buscando hacer un tipo de servicio que no les pertenece. Pero si pidiesen gracia al Señor, para cuidar de la viña que el Señor les entregó (ver Cnt. 1:6), serían una bendición para ellos mismos y para la iglesia. El pie puede desear hacer el papel de mano, pero eso es una anomalía.

Amistad con el Mundo – 4:4-6

"... ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes..."

Delante de este horroroso cuadro, Santiago hace una declaración aun más fuerte: *"...¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios..."*. A la semejanza del término *"homicida"*, él no está hablando literalmente. Probablemente el mundo al que aquí Santiago se refiere, sea el mundo manifestado por sus codicias desenfrenadas, por obtener las posiciones en la iglesia. En Mt. 20:25-27 el Señor Jesús nos enseñó que:

"...los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo...". La disputa por el poder y posición, está impregnada con el espíritu del mundo y hasta con el pecado básico de Luzbel: ¡la soberbia! Él anheló alcanzar una posición que Dios no le había designado.

Santiago, en 1:27, ya había hablado sobre la necesidad de mantenernos incontaminados del mundo. En el capítulo dos, él reprendió a sus lectores por causa de la discriminación social. El cuadro aquí descrito es el de cristianos materialistas y mundanos. El mundo (en griego: *"kosmos"*) es una entidad totalmente hostil a Dios y manipulada por satanás. Materialismo, inmoralidad y ceguera espiritual son algunos de los componentes de esa organización diabólica. Esta se opone directamente a los intereses y propósito de Dios en la tierra, como dice 1ª Jn. 2:15-17. El adulterio al que Santiago se refiere es explicado por la *"amistad"* con el mundo. El creyente tiene un *"marido"* que es Cristo, y si él mantiene amistad con el mundo, eso es considerado *"adulterio"* espiritual.

Algunos de los lectores de Santiago estaban profundamente envueltos con la codicia por posiciones elevadas. Ellos anhelaban algo, y realmente codiciaban, pero nada conseguían. ¿De dónde venía esa fuerte determinación para buscar cosas tan contaminadas? ¿Del Espíritu Santo? ¡De ninguna manera! J.N. Darby transcribió ese versículo así: *"... ¿O pensáis que en vano dice la Escritura: El Espíritu que Él hizo habitar en nosotros nos desea envidiosamente?..."* B. Phillips lo parafraseo así: *«¿O ustedes hallan que lo que las Escrituras dicen sobre eso, es simple formalidad? ¿Ustedes imaginan que ese espíritu de violenta envidia es el Espíritu que Él hizo morar en nosotros?»* Algunos entienden que el sentido en que el Espíritu Santo nos desea, tiene celos por nosotros, por causa de nuestra amistad con el mundo. Las dos interpretaciones son bien aceptadas por el contexto, aun así, prefiero quedar con la primera. La envidia manifestada por algunos de los lectores de

Santiago. Ellos no podían atribuirle al Espíritu Santo, pues Él no desea envidiosamente.

El hombre natural y el hombre carnal son gobernados por placeres, codicias y envidias, aunque su oración esté de acuerdo con aquello que piensa ser su necesidad, según el 4:3. El mundo, como vimos arriba, es un sistema de cosas opuestas a Dios, y su característica principal es: "Un deseo insatisfecho". Los mundanos buscan realmente, pero nada alcanzan. Creo que nuestro Señor se refirió a eso, pues en Jn. 4:13 dijo: "...Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed...". El agua del pozo de Jacob es la mejor del mundo, por eso significa: los placeres que el mundo puede ofrecer. La verdad es que esta agua no satisface; ella produce más sed en aquellos que la beben. La insatisfacción produce una codicia carnal y mundana, que resulta en la envidia y amistad con el mundo.

Al declarar en el 4:6a que el Espíritu "...da mayor gracia." ¿Hace Santiago un contraste entre "...El Espíritu que Él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente." del 4:5, con el Espíritu que da mayor gracia del 4:6? No, el Espíritu Santo no produce celos ni envidias en nosotros, por lo contrario, Él nos concede más gracia, somos exhortados a buscar y recibir esa "gracia", porque en ella podemos encontrar todo aquello que buscamos, y que puede satisfacer los anhelos de nuestro corazón. Él continúa diciendo en el 4:6b que: "...Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes...". El "soberbio" apunta hacia el deseo producido por la envidia, y el "humilde" hacia la gracia concedida por el Espíritu. Las guerras y contiendas producidas en medio de los santos del 4:1, tenían su origen en el espíritu de codicia y envidia de muchos. Con la gracia, debían sustituir estas manifestaciones carnales.

Falta de Sujeción a Dios – 4:7-10

"...Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos

delante del Señor, y él os exaltará..."

La insatisfacción manifestada en muchos de los lectores de Santiago, tenía como causa la búsqueda de cosas carnales y mundanas. La actitud correcta, dice Santiago en el 4:7a, era: "...Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo..." y éste huiría de ellos. Someterse a Dios significa aceptar lo que Él determinó para cada uno de Sus hijos. Resistir al diablo es rechazar sus sugerencias que contienen deseos contaminados, cuyos frutos son confusión y contiendas entre de los hermanos. Huir del diablo significa que sus tentaciones no serían aceptas. Si somos orgullosos o autosuficientes, seremos una presa fácil para el diablo. Si somos mansos y humildes, él no tendrá opción de tocarnos porque estas virtudes no encuentran resonancia en su carácter soberbio y rebelde. Si hacemos así, estamos "Acercándonos a Dios". Isaías 57:15 dice: "...Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados...". Éste es el estado de un corazón que abre la puerta para que Dios entre, y para que Su Espíritu haga morada en él.

Los versículos ocho al diez muestran cómo podemos resistir al diablo, en el 8a: Acercándonos a Dios, en 8b: limpiando nuestras manos, 8c: purificando los corazones, en el 9a: afligiendo, llorando y lamentando nuestras miserias, en el 9b: convirtiendo nuestra risa en lloro y nuestra alegría en tristeza, en el 10: humillándonos delante del Señor, en el 11 y 12: y no hablando mal de los hermanos. La orden: "acercaos a Dios" indicaba que la comunión estaba interrumpida, como sucedió con la iglesia en Laodicea. Allí, en Ap. 3:20, el Señor se ve del lado de afuera de la puerta, y está llamando. Él quiere entrar y cenar con Sus hijos, esto es, tener comunión con ellos. "limpiad las manos" indica que el servicio de ellos estaba contaminado; tal vez Santiago estaba refiriéndose al servicio de los "maestros", y también a otros aspectos. "purificad vuestros corazones" porque el espíritu de ellos era vacilante; del corazón proceden las salidas de la vida. A pesar de serles revelada,

ellos eran lentos para hacer (por falta de fe) la voluntad de Dios. *"lamentad, y llorad"* esa debe ser la reacción natural de alguien que recibe revelación del Espíritu, sobre su verdadera condición delante de Dios, como dice 2ª Co. 7:10: *"...Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte..."*. Quedamos horrorizados cuando nos vemos como el Señor nos ve. Por eso el Salmo 36:9 dice: *"...Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz..."*.

Muchos de los hermanos a quienes Santiago se dirige querían ser *"exaltados"*, pero habían olvidado que la primera condición para ello es: *"...Humillaos delante del Señor..."*. La dificultad no está en buscar algo *"grande"*. Podemos buscar algo bien notable, si es para la gloria del Señor. Fue esa la orientación de Jeremías para Baruc, en Jer. 45:5 *"... ¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques..."*. Las palabras *"buscas para ti"* indican la raíz del problema. ¡Quiero los dones del Espíritu que más me destacarán delante de los hermanos y de los hombres! ¡Quiero ser espiritual para que la iglesia vea que soy espiritual! ¡Quiero estudiar la Biblia para mostrar cuánto conozco de la Palabra de Dios! ¡Quiero construir un edificio bien grande para acoger a los hijos de Dios, para que mi nombre sea perpetuado después de mi muerte! Estas frases dan una pequeña idea de lo que es: ¡*"buscar grandezas para nosotros mismos"*! Pablo tuvo experiencias con el Señor de un alto nivel, como dice 2ª Co. 12:1-12. Leyendo con mucha atención, observamos que él esperó catorce años para contar ese hecho. Fue en esa ocasión que él recibió el Evangelio de la boca del Señor Jesús, según Gá. 1:11-12. Cómo necesitamos aprender esta lección. Si nos humillamos, el Señor nos exaltará.

Murmuraciones Destructivas – 4:11-12

"...Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro?..."

Qué gran descanso para nuestros corazones, es saber que no nos corresponde juzgar a nuestros hermanos, ni hablar mal de ellos. El 4:11 dice: *"...El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley..."*. Eso no hace parte de mi obligación cristiana. Si sabemos que existe un Justo Juez, debemos descansar en Su juzgamiento recto y justo. Podemos tener certeza de que todo el mal será juzgado dejando todo juzgamiento en Sus manos. Es nuestro deber mantener nuestras asociaciones incontaminadas, pero eso no debe ser hecho con un espíritu de juicio, para con las personas. Y si hubiere necesidad de juzgar a alguien ¿Quién soy yo para realizar eso? Soy una pobre criatura llena de defectos y fallas y que frecuentemente cometo muchos errores. ¿Qué sería de nosotros si todos conociesen nuestros defectos que sólo nosotros conocemos? Si nuestro Señor y Sus apóstoles nos advirtieron tanto al respecto de esta cuestión de hablar mal los unos de los otros, es porque existe en nosotros una fuerte tendencia para hacer eso. Es de inmenso valor saber que apuntar para señalar las fallas de los hermanos, no hace parte de nuestra responsabilidad cristiana.

Pero ¿qué quiso decir Santiago con la expresión: *"juzgas a la ley"*? ¿A qué Ley se está refiriendo? Probablemente a la *"Ley Real"* del 2:8 que dice: *"...Amarás a tu prójimo como a ti mismo..."*, que en Levítico 19:16a es precedida de la siguiente advertencia: *"...No andarás chismeando entre tu pueblo..."*. El verbo griego *"katalaleo"*, es bastante amplio para describir toda especie de conversaciones negativas que son perjudiciales a los hermanos o hermanas, aunque sean o no sean verdad. Quien sale hablando mal de los hermanos, esta violando la *"Ley Real"* que nos ordena: *"amar a nuestro prójimo, como a nosotros mismos"*. Hablar mal y criticar a los otros es violar esta ley, y aquel que la desobedece, está prácticamente diciendo: *"Esta Ley no merece ser obedecida y la considero inválida; pretendo continuar incumpliendo tal mandamiento, pues no tiene ningún valor para mí"*. El cristiano que piensa y reacciona de esa manera, no es, como dice el 1:22-23: *"hacedor de la Palabra"*, sino juez. Ese se coloca encima de la autoridad de la Palabra, y la considera sin valor para someterse a Ella.

¡Eso es algo muy serio! Sólo existe Uno que creó las leyes, y solamente Él puede ejecutarlas. Solamente Dios puede salvar o destruir; tal poder no está en nuestras manos. Los versículos anteriores, del 7 al 10, Santiago ciertamente se refieren a la conducta de aquellos que hablaban mal de los hermanos. Si ellos se conociesen a sí mismos, como Dios los conoce, no procederían de esa manera.

Planes sin Dios – 4:13-16

“... ¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala...”

Santiago está enseñando cómo podemos ser “*tardos para la ira*”, pues la ira está íntimamente ligada a los planes que dejan al Señor por fuera. Aquí entra el señorío de Cristo relacionado con los asuntos de nuestro diario vivir. Había algunos hermanos que se gloriaban de su independencia financiera, que tomaban decisiones sin consultar la voluntad del Señor. Ellos decidían viajar a cierta ciudad, hoy o mañana, y pasar allí un año entero, comprando y vendiendo, con el fin de obtener ganancias. Su mundana mentalidad no les permitía ver la transitoriedad de la vida. La vida humana sin el Señor es como una neblina; no tiene sustancia. Si no contamos y colocamos al Señor en todos los aspectos de nuestra vida, ella no tiene sentido. Es como una neblina que aparece por un poco de tiempo y después se desvanece. La Escritura, en Pr. 27:1 de aquel que es humilde y se somete al Señor, dice: “*...No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día...*”. Lamentablemente, algunos de ellos eran soberbios y se jactaban en sus presunciones, que Santiago define como “*malignas*”.

Pecados de Omisión – 4:17

“...y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado...”

El Señor tiene Su voluntad, y reconocerla en aquello que hacemos, donde vamos y en los negocios que realizamos, trae substancia a nuestras vidas. Si no queremos que nuestra vida sea como una neblina, necesitamos considerar eso con mucha seriedad. Debemos recordar lo que dice 1ª Co. 15:58c “*...sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano...*” y en 1ª Juan 2:17: “*...Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre...*” ¿Qué significan las palabras: “*...al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado...*”? ¿Qué es “*hacer lo bueno*” en este contexto? Santiago habló sobre sujeción al Señor en el 4:7, de humillarse delante del Señor en el 4:10, de no hablar mal de los hermanos en el 4:11-12, de no hacer planes sin consultar al Señor en el 4:15. Quien sabe que debe hacer eso y no lo hace comete pecado. ¡Qué gran cantidad de pecados de omisión son cometidos por los hijos de Dios!

¡Cuántos hermanos están satisfechos porque no hacen ningún mal! Ese no es el espíritu del Nuevo Pacto ni del Antiguo. No haga eso, no haga aquello, no toque en esto, no toque en eso otro. ¡Todo es negativo! No amamos la vida del Señor que está en nosotros, y que es una vida dinámica. Él mismo, cuando vivió en esta tierra, nunca dejó de hacer el bien y de curar a todos los oprimidos por el diablo, como se registra en Hch. 10:38. Debemos seguir Sus pasos bajo la dirección del Espíritu Santo. Siuviésemos coraje y determinación para hacer así, todo en nuestra vida sería ajustado. No podemos imaginar la calidad de vida que estamos despreciando y arrojando a fuera, cuando intentamos solo vivir según nuestros planes mundanos. ¡Qué el Señor tenga misericordia de nosotros y abra nuestros ojos!

El Veneno de las Riquezas – 5:1-3

“... ¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros...”

Aquí tenemos una fuerte exhortación a los que eran ricos. ¿Será que existe un hilo de imaginación con lo que fue dicho en el capítulo cuatro? La expresión: *“Vamos ahora”* parece indicar que existe una secuencia lógica en el raciocinio del escritor. Si recordamos que él se refiere a los ricos desde el capítulo dos, sus palabras aquí podrán ser mejor entendidas. Todo indica que había una severa práctica de materialismo entre los hermanos, a los cuales Santiago se dirigía. Ellos tenían preferencia por los ricos, como revela en 2:1-7, los cuales hacían planes estratégicos para aumentar sus bienes, según el 4:4-5, y por eso, éstos necesitaban ser advertidos en cuanto a la transitoriedad de las riquezas materiales. Estas personas ricas, sin duda, eran hermanos en Cristo. Desde que comenzó la Epístola, Santiago se dirige a los hermanos que estaban dispersos, y él se dirige a todos ellos, llamándoles de *“hermanos”*, durante quince veces.

El Libro de los Proverbios habla mucho sobre el tema de las riquezas. Salomón habló de su propia experiencia, descrita en el capítulo 2:4-11 del Libro de Eclesiastés; en Proverbios 11:4 dice que *“...No aprovecharán las riquezas en el día de la ira; más la justicia librarán de muerte...”*; en el 11:28 *“...El que confía en sus riquezas, caerá; más los justos reverdecen como ramas...”*; en el 27:24 *“...Porque las riquezas no duran para siempre; ¿Y será la corona para perpetuas generaciones?...”*, y en el 28:22 *“...Se apresura a ser rico el avaro, y no sabe que le ha de venir pobreza...”*. El Señor Jesús también habla palabras fuertes a ese respecto en Mr. 10:24 *“...Hijos, ¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!...”*. En la parábola de Lc. 12:15 dice: *“...Mirad y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee...”*, y concluye esto en el verso 21 diciendo: *“...Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios...”*. Escribiendo a Timoteo, Pablo le dice en 1ª Ti. 6:17-18: *“...A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos...”*. Estos versículos son la mejor explicación para ese texto de Santiago. Son de sobremanera

acclaradoras estas palabras de Pablo, al respecto de los hermanos que tuvieron la gracia de volverse ricos. El camino de bendición para ellos es bien claro.

El peligro de las riquezas es que ellas se pueden podrir, corroer y ser consumidas por diversas *“plagas”*. El oro y la plata pueden enmohecerse; y ese moho testificará contra sus poseedores, según el verso 5:2-3. El Señor Jesús en Mt. 6:19-21 nos aconseja a no hacer para nosotros tesoros aquí en la tierra, donde los ladrones minan y roban y donde el orín y la polilla corroen. Nuestro tesoro debe estar en el cielo, porque nuestro corazón siempre lo acompaña. W.E. Vine dice que el término griego *“ios”* indica más para *“veneno”* que para *“corroer”*. De allí la expresión: *“devorará del todo vuestras carnes como fuego”* del verso 5:3.

Injusticias para con los Empleados – 5:4-6

“...He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia...”

Con estas palabras Santiago concluye su exposición, al respecto de la reacción correcta que los cristianos deben tener cuando están bajo pruebas. En esta última división el abordó el tema de *“Tardo para airarse”* del 1:19c. Los tres primeros versículos del capítulo cinco, nos mostraron el resultado que produce el juntar riquezas en la tierra. Los bienes materiales guardados de forma egoísta, al final actúan como veneno en las carnes de aquellos que las poseen. Ahora, Santiago muestra otro aspecto, muy común, en la vida de los que ponen su esperanza en las riquezas, que son tan inciertas. Existe un dictado popular que dice: *“cuanto más tiene, más quiere”*. Si la vida no está sujeta a la voluntad de Dios, eso siempre será verdad.

El problema con algunos de los lectores de Santiago, como dice en el 4:13, es que ellos poseían mucho, hacían planes

para aumentar sus ganancias, y lo peor de todo, retenían el salario justo que debía ser pagado a sus servidores, como lo denuncia en el 5:4a: *"...el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros..."*. Los trabajadores cosechaban los campos de los ricos, ayudándoles a quedar más ricos, pero el salario de ellos era retenido, pero injustamente; y los ricos *"...habéis vivido en deleites sobre la tierra..."*, como dice el 5:5a. Lo que ellos no sabían, y hoy muchos hermanos ricos no lo saben, es que *"...los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos..."* (5:4b). Los bienes aumentaban, es verdad, pero ellos estaban: *"...engordando sus corazones como en día de matanza..."* (5:5b). Es lenguaje figurado, claro, tomado de los animales que son colocados en engorde, para después ser sacrificados. Al hombre de la parábola de Lc. 12:20 le fue dicho: *"...Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?..."*. Pueda el Señor darnos sabiduría, para que todo lo que Él coloque en nuestras manos, lo usemos para Su gloria, como dice Su palabra en 1ª Co. 10:31: *"...Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios..."*.

TERCERA PARTE

FORTALECIENDO EL CORAZÓN EN LA PRUEBA Santiago 5:7-12

Capítulo 1.

Esperando la Venida del Señor
Stg. 5:7-8

Capítulo 2.

Sin Quejarse de los Hermanos
Stg. 5:9

Capítulo 3.

Recordando la Prueba de Job
Stg. 5:10-11

Capítulo 4.

Evitando Jurar para Salvar el Ego
Stg. 5:12

CAPÍTULO 1.

ESPERANDO LA VENIDA DEL SEÑOR

Stg. 5:7-8

Santiago se dirige a la conclusión de su Epístola con los restantes versículos del capítulo cinco. En esta primera parte él de nuevo habla sobre la recompensa prometida para los aprobados. En el 1:12, al inicio de la Epístola, habló sobre la “corona de la vida” que recibirán los aprobados; aquí, en el final, menciona la prueba, la paciencia y la recompensa de Job. Sus palabras tienden a fortalecer a los hermanos para que conserven firme la esperanza hasta el fin de la prueba, con miras a ser calificados para recibir “la doble porción”; aquella que Job recibió después de ser aprobado.

Esperando la Venida del Señor - 5:7-8

“...Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca...”

Meditar sobre la venida del Señor, es un bálsamo para todos los que están siendo probados. Santiago dice que debemos ansiar por el regreso del Señor, como el labrador ansía por las primeras y últimas lluvias. Las primeras lluvias indican la primera venida del Señor y el derramamiento del Espíritu Santo; las últimas lluvias, pueden indicar la segunda venida del Señor. No hay nada que conforte más nuestro corazón que meditar en el regreso inminente de nuestro Señor, principalmente cuando estamos pasando por “diversas pruebas”. El hermano Lance Lambert dice que el texto de Isaías 40:31: “...Los que esperan en el Señor...”, debería ser traducido: “...los que esperan por el Señor...”. Que podamos todos nosotros, al pasar por las pruebas concedidas por el Señor, “esperar por Él”, a fin de que nuestras fuerzas sean renovadas y poder subir como con alas de águila, correr sin cansarnos y andar sin fatigarnos.

CAPÍTULO 2.

SIN QUEJARSE DE LOS HERMANOS

Stg. 5:9

Sin Quejarse de los Hermanos - 5:9

“...Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta...”

Santiago retorna a hablar sobre los hermanos que se juzgan unos a los otros, como lo registró en el 4:11-12, solo que ahora advierte del gran peligro de hacer eso, teniendo en cuenta la proximidad de la Venida del Señor. La expresión: “...el juez está delante de la puerta...”, del 5:9b, se refiere al momento en que un juez está para entrar a la sala de audiencias; allí todos deben quedar en silencio. Es posible que Santiago se este refiriendo al Tribunal de Cristo. Hablar mal los unos de los otros con crítica destructiva es condenable. Existe una manera correcta de juzgar los errores de los santos (ver Mt. 18). Santiago no está enseñando que la iglesia no debe juzgar a los que pecan. La idea aquí descrita, es más contra el “chisme” y los comentarios negativos, sin amor y sin la menor intención de restaurar a aquellos que están errando. En Mt. 7:1 dice enfáticamente que: “...no debemos juzgar para no ser juzgados...”; pero en el 7:6a dice: “...No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos...”. Queda entonces muy claro, que es correcto juzgar a determinadas personas como: “perros y cerdos”. Los “perros” simbolizan a los que son totalmente inmundos, y los “cerdos” indican a los que exteriormente parecen limpios, más interiormente son inmundos. En Levítico dice que los animales limpios rumian y tienen uña partida; rumiar es en lo interior y la uña partida es en lo exterior. Tenemos el derecho de identificar a tales personas, a fin de no darles lo que es “santo”, ni entregarles “las perlas”.

CAPÍTULO 3

RECORDANDO LA PRUEBA DE JOB Stg. 5:10-11

Recordando la Prueba de Job - 5:10-11

“...Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo...”

El ejemplo de los profetas del pasado y de Job, el siervo de Dios, debe alentar nuestros corazones. Los profetas hablaron en nombre del Señor y tuvieron que sufrir terribles pruebas. Eso es de gran consuelo para todos nosotros. El término griego, aquí traducido como “aflicción”, es “kakopatheia”, que indica “perseverancia” bajo dificultades extremas, y está relacionada con las circunstancias. La palabra traducida como “paciencia”, en griego es “makrothimia” y está más relacionada con personas. Los profetas demostraron dominio propio. El caso de Job incluye tanto perseverancia como paciencia. Fue necesario ser paciente para con sus amigos que lo acusaban y perseverante para ir hasta el fin en esa última prueba, su enfermedad. Perseverar en las pruebas es una bienaventuranza, pues siempre tiene un “fin”, como aconteció con Job. Él recibió de nuevo su salud y todo lo demás en “doble porción”, porque el Señor es lleno de misericordia y compasión. El recordar esas cosas nos fortalece y nos da ánimo para proseguir hasta llegar a ese “fin”, como dice Fil. 3:14: “...prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús...”.

CAPÍTULO 4.

EVITANDO JURAR PARA SALVAR EL EGO Stg. 5:12

No Jurar Para Salvar el Ego - 5:12

“...Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación...”

Cuando pasamos por circunstancias que no pueden ser explicadas, como la enfermedad de Job, existe el peligro de usar el juramento para “probar” nuestra inocencia. Job debe haber sido tentado muchas veces a jurar delante de sus amigos que lo acusaban de pecado. El Señor Jesús nos enseñó que nuestra palabra debe ser “sí, sí” y “no, no”. Lo que pasa de ahí es de procedencia maligna. Si el Señor nos colocase en una situación donde todo nos fuere contrario, y donde todo indica que estamos equivocados, sólo podemos hacer una cosa: Negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguir al Señor. En el tiempo apropiado del Señor, todo será esclarecido. Esto ha de quebrar la cáscara de nuestro ego; pero los ríos de agua viva fluirán de nuestro interior.

CUARTA PARTE

LA DIFERENCIA ENTRE PRUEBA Y CORRECCIÓN Santiago 5:13-20

Capítulo 1.

¿Qué hacer cuando somos probados?

Stg. 5:13

Capítulo 2.

¿Qué hacer cuando somos corregidos?

Stg. 5:14-15

Capítulo 3.

¿Cómo evitar la corrección?

Stg. 5:16-20

Santiago va a concluir su Epístola mostrando la diferencia entre *prueba* y *corrección*, estableciendo un hilo de conexión entre el inicio y el fin de su carta. En el comienzo muestra que existe una diferencia entre prueba y tentación; ahora muestra la diferencia entre prueba y corrección. En el cuadro comparativo que hicimos entre Job y Santiago, podemos apreciar que la parte de Job correspondiente a esta parte final de Santiago, es la del capítulo 42:1-9. Allí, los amigos de Job son reprendidos por el Señor, porque ellos no dijeron de Él lo que era recto. Pero no sucedió así con Job. Después de todo, el siervo de Dios aún permanecía leproso, pero su lepra era solamente una prueba del Señor y no una corrección. Sus amigos, entretanto, fueron puestos bajo corrección, por el hecho de no haber hablado lo recto respecto del Señor.

Es sobre eso que Santiago va a tratar al final de la Epístola diciendo que, si alguien está triste debe orar; si está feliz, debe cantar alabanzas; pero si estuviese enfermo, por causa de la desobediencia, debe llamar a los presbíteros de la iglesia. Es interesante recordar que la prueba de Job solo terminó cuando él se dispuso a orar por los amigos que tanto lo maltrataron. Él intercedió por ellos y Dios los perdonó. En el momento en que él oraba por sus acusadores, su cautiverio fue mudado, y el Señor le concedió el doble de todo. Al hacer eso, Job manifestó el mismo espíritu del Señor cuando oró por Sus verdugos en el calvario, y de Esteban, que pidió misericordia para los que lo apedreaban.

CAPÍTULO 1

¿QUÉ HACER CUANDO SOMOS PROBADOS?

Stg - 5:13

Orar y Cantar Alabanzas

“... ¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración.
¿Está alguno alegre? Cante alabanzas...”

Si el Señor nos enviara una prueba con miras a nuestro crecimiento espiritual, y la carga fuese muy pesada, se nos aconseja orar. Orar significa nada más que declarar al Señor que llegamos al fin de nuestras posibilidades. Es confesar que estamos acabados y que nada más podemos hacer. Infelizmente solo hacemos eso después de muchas tentativas de solucionar el problema por nosotros mismos. La actitud correcta es hacer eso luego, bien al inicio de cualquier prueba. Orar no es usar de argumentos para convencer al Señor de hacer algo que Él no desea hacer. De ninguna manera. Orar es ser llevado por el Espíritu Santo a pedir al Padre realizar en la tierra aquello que Él mismo ya determinó en el cielo. Si estamos siendo probados, debemos pedir al Señor que nos conceda gracia para que perseveremos hasta el fin. Pero si estamos pasando por un período de alegría, entonces debemos cantar alabanzas. Podemos hacer eso aún cuando estamos siendo probados, pero si la tristeza llegó hasta nosotros, la oración quitará nuestro fardo.

CAPÍTULO 2

¿QUÉ HACER CUANDO SOMOS CORREGIDOS?

Stg. 5:16-20

Vimos en el inicio de la Epístola, del 1:1 al 1:18, que existe gran diferencia entre prueba y tentación; ahora, Santiago nos muestra la diferencia entre prueba y corrección. La prueba viene del Señor, y la tentación es de parte del diablo. La prueba viene del Señor y la corrección también. La prueba tiene como meta desarrollar la vida del Señor en nosotros y tornarnos maduros y espirituales; la corrección viene cuando estamos errados, y no nos disponemos a oír la voz del Espíritu Santo en nuestra conciencia. En 1ª Co. 11:31 Pablo dice: “...Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados...”. La estructura del Libro de Job es la misma de Santiago, conforme vimos en el inicio, Job termina hablando los mismos temas que Santiago. Los amigos de Job son reprendidos, como dice en el 42:7-9, y Job es recompensado, como dice en el 42:10-17. Santiago pasa a mostrar lo que debe ser hecho cuando descubrimos que estamos siendo corregidos por el Señor.

Llamar los Presbíteros de la Iglesia - Stg. 5:14a

“... ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia...”

Santiago presenta el caso de alguien que está enfermo, y todo indica que la enfermedad fue causada por sus pecados, como indica el versículo 5:15b. Cuando un hijo de Dios es tocado por el Espíritu Santo y descubre que su enfermedad fue causada por los pecados, el primer paso es llamar a los presbíteros (o ancianos) de la iglesia. Ellos representan la autoridad del Señor en la iglesia local, y en una situación como esa, sólo ellos pueden intervenir. Observemos que el enfermo es quien toma la iniciativa, pues ya es de su conocimiento que la enfermedad es la corrección del Señor. El tiempo pasado en el lecho del dolor, le dio oportunidad al Espíritu Santo de convencerlo de su error y de la necesidad de arreglarse con el Señor.

Solicitar Oración y Unción - Stg. 5:14b

"...y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor..."

En segundo lugar, los ancianos van a orar por el enfermo y a ungirlo con aceite en el nombre del Señor, como indica el verso 5:14b. La unción con aceite, en este caso, es diferente de aquella mencionada en Mr. 6:13. Aquí la referencia es hacia un cristiano, a alguien que nació de nuevo y es miembro de la iglesia, y que puede llamar a los ancianos, representantes del gobierno del Señor en su misma localidad. La unción en ese caso es simbólica, representando la acción del Espíritu Santo en la vida de los que creen. Por causa del pecado practicado, tal persona había bloqueado la operación del Espíritu en su vida. Pablo en Ef. 4:30 y 1ª Ts. 5:19 dice que no debemos *"entristecer, ni apagar, el Espíritu"*. La insistencia en la práctica del pecado había provocado las dos cosas en la vida de ese hijo de Dios. Los ancianos o presbíteros, como representantes de la autoridad del Señor, al ungir al enfermo, están como solicitando al Señor que retorne la operación del Aceite del Espíritu en aquella oveja descarriada. No había, como tampoco lo hay hoy, ningún poder espiritual en el aceite para curar. El aceite es apenas un símbolo de la realidad de la operación del Santo Espíritu. Infelizmente, muchos han llevado la verdad de la Palabra mucho más allá de lo que Ella es, y de esa forma, han provocado muchas dificultades en las mentes de los hijos de Dios, y principalmente, en aquellos que aún no creen.

Hacer Voto de Fe - Stg. 5:15

"...Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados..."

El otro paso a ser tomado por el enfermo, es hacer un voto de fe. Algunos tienen entendido que la expresión: *"Y la oración de fe"* del verso 5:15, indica la oración presentada por los ancianos en favor del enfermo. Muchos hijos de Dios han intentado poner por práctica tal indicación, pero los resultados generalmente no son positivos. Entre tanto, si llevamos en cuenta que la palabra para *"oración"*

usada en este verso, es diferente de aquella palabra usada comúnmente en otras partes del Nuevo Testamento; veremos que no se trata de la oración de los ancianos, sino de un *"voto de fe"* de aquel que está enfermo. ¿Qué fundamento tenemos para aceptar tal interpretación? Las palabras de la señora Jessie Penn-Lewis pueden ayudarnos grandemente en ese sentido. Veamos lo que ella dice: *"Un corresponsal escribe diciendo que la misma palabra griega traducida como "oración" en Santiago 5:15, está traducida como "voto" apenas dos ocasiones más en la que ella es usada, a saber, en Hechos 18:18 y 21:23. La palabra traducida como "oración" en otros treinta y siete pasajes, no es la misma que aparece en Stg. 5:15. El sentido del apóstol Santiago parece haber sido: "el voto de fe". Es como si el debilitado por la enfermedad, por haber estado en error, necesitase reafirmar su entrega de fe a Dios" ("The Cross, The Touchstone of Faith", pág. 41). Creo que esta interpretación se encaja mucho mejor en el contexto de la cuestión aquí presentada por Santiago. Cuando el voto de fe es ofrecido al Señor, en sinceridad de corazón, el resultado es, como dice el 5:15b: "...el Señor lo levantará...". El uso de esta concesión no significa que no hubiese habido pecado. Debemos recordar que Santiago está tratando con una situación probablemente hipotética; esto es, puede ser que en ese momento no fuese una situación real. Él también podía estarse refiriendo a algo que ya había acontecido anteriormente; aquí apenas la recuerda para explicar esta gran verdad. Un cristiano puede estar enfermo, sin estarlo por causa del pecado, y puede igualmente solicitar la presencia de los ancianos de la iglesia, para que oren por él, para ungirlo con aceite en nombre del Señor, y recibir la bendición de ser curado. Aun así, la responsabilidad de interpretar si existe el aspecto de la corrección, envuelto en el asunto, le corresponde hacerlo al propio enfermo. Queda bien claro que el pecado puede causar enfermedades, como lo revela la Escritura, entre otros, en los siguientes pasajes: 1ª Co. 11:30; Job 5:14; Sal. 103:3.*

CAPÍTULO 3

¿CÓMO EVITAR LA CORRECCIÓN?

Stg. 5:16-20

La corrección puede ser evitada, como ya vimos por Pablo, que dice en 1ª Co. 11:31 *"...Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados..."*. Aquí Santiago nos presenta algo, que va lado a lado con la declaración de Pablo. Necesitamos juzgarnos a nosotros mismos, con la misma luz que el Espíritu Santo nos ha dado. Eso significa que debemos aceptar la convicción operada por el Espíritu en nuestra conciencia y declarar que el Señor tiene razón. Estamos equivocados, y queremos ser corregidos. Santiago dice que necesitamos confesar unos a los otros. Si pecamos sólo contra el Señor, confesamos solamente a Él; si erramos contra alguien, necesitamos confesarle también a esa persona. Pero ¿Qué es eso de confesar *"los pecados unos a los otros"*?

Confesando Unos a los Otros - Stg. 5:16

"...Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho..."

En primer lugar, no se trata de alguien confesándose con un padre o sacerdote (líder o discipulador). Debemos observar que la confesión aquí es mutua: unos a los otros. Debemos ser transparentes los unos con los otros, y también confidentes; infelizmente, por causa del nivel espiritual de la mayoría de los hijos de Dios, eso no ocurre frecuentemente. Las habladurías y críticas destructivas no permiten una confianza tal, para que eso sea practicado. La orientación de Santiago debe ser considerada dentro de su contexto, para no ser extendida a una práctica general. No existe una orden bíblica para que confesemos nuestros pecados públicamente. Si ocurrió una ofensa que involucra a toda la Asamblea, y se tornó pública, entonces es conveniente hacer también una confesión pública. Aun así, eso no quiere decir que se debe contar con detalles el pecado cometido. El hecho de que esa declaración esté

después de la expresión: *"...y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados..."* parece indicar que el enfermo tendría que confesar el pecado a quien él había ofendido, además de haberlo hecho para el Señor.

"...La oración eficaz del justo puede mucho..." (5:16b) ¿Qué ligación tiene esa declaración con la primera parte de este versículo? Sin duda alguna Santiago se refiere a la súplica de alguien que realmente lleva en cuenta la gloria de Dios, y el bien espiritual de Su pueblo. Tal persona está en condiciones de oír lo que un determinado hermano tenga que decir sobre una práctica errada en su vida. No se trata de oír una confesión en el sentido católico romano. Un hijo de Dios puede cometer un cierto pecado, recibir la convicción del Espíritu, confesar al Señor y aun así sentirse sin paz. El perdón del Señor puede no haber sido liberado, pero *"la oración de ese justo"* puede mover la mano del Señor. Una situación tal produce un sentimiento de profunda seriedad en la vida del que cometió el pecado, al ver que, vidas justas, necesitan unirse a su petición delante del Trono de la Gracia. Creo que eso puede ser ilustrado de la siguiente manera: Un hijo comete un error tan serio, que la intercesión de la madre se hace necesaria delante del padre. No se trata de la falta de deseo del padre de perdonar a su hijo, sino de la seriedad del acontecimiento. La intención del padre es mostrarle a su hijo la gravedad de lo que él practicó. El corazón quebrantado y contrito de aquel que pecó, unido a la oración del hermano o hermana, que vive en justicia delante del Señor, puede mucho en sus efectos. Además, Santiago usa una expresión bien fuerte al mencionar ese tipo de oración intercesora. Los dos términos: *"oración ardiente"* y *"oración eficaz"* son traducidos de la misma palabra griega *"energoumene"*; y lo podemos parafrasear de la siguiente forma: *"una oración espiritualmente dinámica"* o *"una oración con la energía de Dios"*. Él está realmente hablando de una oración producida por el Espíritu Santo en lo íntimo de nuestro ser. La oración de Ezequias en 2ª R. 20:2-6, nos da una idea clara de lo que es ese tipo de oración.

Interceder Por el Hermano Caído - Stg. 5:17-18

"...Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto..."

Como ilustración de esa verdad, Santiago ofrece el ejemplo de Elías. El profeta del Señor oró dos veces: Una para que no lloviese, y otra para que volviese a llover. Él sabía que sólo una severa corrección de parte del Señor, podría traer al pueblo de regreso a Él. Elías es el ejemplo del "justo" mencionado arriba. Su oración es eficaz en los dos sentidos: primero, para traer juicio, y segundo, para traer perdón. Él deseaba de todo corazón la restauración de la nación, y el establecimiento de la gloria de Dios. Pero él era un hombre de la misma naturaleza que la nuestra, pero oró: "con fervor" las palabras griegas "proseuchei" y "proseuxato" significan literalmente: "él oró con fervor". Es un ejemplo de lo que fue dicho antes sobre: "la oración ferviente y eficaz". Parece que Santiago amplía bastante lo que fue tratado al respecto del cristiano que podría estar enfermo por causa del pecado, y el tratamiento de la situación, por parte de los presbíteros. Aquí él anima a sus lectores a utilizar esa arma poderosa en favor de sus hermanos que fuesen encontrados en pecado. No siempre los argumentos son útiles para convencer a un hermano en pecado. La oración, por otro lado, puede mucho en sus efectos. La condición en ese caso es que el intercesor esté en la posición de "justo", esto es, viviendo delante del Señor.

La Salvación de Un Alma - Stg. 5:19-20

"...Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados..."

La conclusión de la Epístola deja claro lo que fue dicho arriba. Que un hermano puede desviarse de la Verdad y ser convertido de su mal camino. Santiago no se está refiriendo a una persona no salva; pero sí a alguien que conoce la Verdad, y de Ella se desvió. Una persona no salva, no

conoce la Verdad. Lo que fue dicho sobre Elías y la nación Israel, se aplica exactamente a un hermano que se desvió. Dios usó a Elías cuando la nación se apartó de Él, según 1ª R. 18. La oración que cerró el cielo para que no lloviese, era la disciplina del Señor; después del arrepentimiento, Elías oró nuevamente y la lluvia volvió. Así, la nación fue traída de regreso del error de su mal camino.

Como vimos al inicio, Santiago trata específicamente con la cuestión de "la Salvación del Alma". El dejó bien claro en el 1:21, que la Palabra implantada en nosotros "...es poderosa para salvar nuestras almas...". Ahora, él concluye la Epístola abordando la misma cuestión. El hermano que se desvía de la Verdad, y es restaurado por la oración ferviente y eficaz de un justo, tiene su alma salva de la muerte, y la multitud de pecados cometidos le son perdonados. El alma y la multitud de pecados perdonados, son del creyente que se desvió, y no de aquel justo que lo trajo de regreso, de su mal camino.

CONCLUSIÓN

Por la bondad y misericordia del Señor, llegamos al final de nuestra meditación de la Epístola de Santiago. No guardamos en nuestro corazón ningún sentimiento soberbio que nos lleve a pensar que cubrimos todo lo que este maravilloso Libro tiene para enseñarnos. Por el contrario, ofrecemos estas palabras con el profundo reconocimiento de nuestra limitación e imperfección, y contando exclusivamente con la Gracia siempre abundante de nuestro Gran Sumo Sacerdote, Jesús.

En la presencia del Señor, debo confesar que estas meditaciones son fruto de una experiencia personal, y no solo de informaciones archivadas en mi mente. El Padre Celestial en Su infinita sabiduría, me determinó caminos por los cuales nunca soñé trillar. La palabra “prueba”, tiene un lugar muy especial en mi caminar con el Señor Jesús. La saludable convivencia con algunos siervos muy especiales del Señor, y la lectura de joyas preciosas de siervos del pasado, legadas a nosotros, prepararon mi corazón para enfrentar situaciones muy difíciles; la vida de resurrección del Señor me capacitó para vencer todas ellas, y salir al otro lado, victorioso de la muerte. Cuán reales son hoy las palabras del apóstol Pablo, de 2ª Co. 4:12: “...De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida...”. Cuántas veces somos llevados a clamar al Señor para que retire el agujijón de nuestra carne, (2ª Co. 12:7-10), pero Él, en Su bondad, simplemente responde: “...bástate Mi gracia...”. Sin agujijón no hay ministerio. Sin cruz no hay corona. Por eso, el mensaje de Santiago es tan importante para nosotros, hijos del Dios Altísimo. Si somos probados, es para nuestro crecimiento y madurez. Del Padre de la luzes sólo proceden buenas cosas, y todas las pruebas están incluidas. En los momentos de angustia es que el Señor nos lleva a un “lugar espacioso” (Reobote, Sal. 4:1). Las pruebas nos permiten ver realmente quiénes somos; todas nuestras máscaras caen al suelo y nos dejan desnudos y patentes, a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta, así lo dice Heb. 4:12-13. No podemos olvidar que: “todas las pruebas nos guían a madurar, y prepararnos para el recibir la corona”. Ésta, a su

vez, nos permitirá reinar con Cristo en el Milenio. Pablo deja eso bien claro al decirnos en Hechos 14:22 que: “...Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios...”.

Es mi sincera oración, que el Señor quiera hacer uso de estas simples palabras, para la madurez de muchos de Sus hijos que estén pasando por pruebas sin saber la finalidad de ellas. Que el Espíritu Santo pueda despertar a muchos, para el deseo de vivir piadosamente en Cristo Jesús; pero teniendo claro conocimiento que, sin duda, las tribulaciones estarán presentes como dice 2ª Ti. 3:12. Que la gracia de nuestro Señor nos ayude a vivir conforme a la orientación del Espíritu, a través de Santiago; si somos colocados por el Señor en el “crisol” de la prueba, que: “... todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse...”. Pueda el Señor bendecirnos.

LA CONTRARIEDAD ES UNA SIERVA

*¡Todos conocen la contrariedad! ¡Espero que sí!
Ella es una sierva, pero como tal, poco conocida,
Aprendemos a evitarla, si se aproxima demasiado;
Raramente la enfrentamos y siempre huimos con miedo;
Mas buenos y malos van a encontrarla por todo el mundo,
Pecadores, santos, reyes y súbditos:
Donde estuviere el hombre, ella también ahí estará.*

*Llévala siempre a servirte, pues eso lo hace muy bien,
Y sólo nuestro vivir diario, manifestará cómo usarla;
La contrariedad es pasiva, y el poder está en nuestra mano,
Para hacerla bendecirnos o perjudicar grandemente.*

*¿Como transformar nuestras muchas crisis de dolor
En mensajes de fortaleza, y de pérdida en ganancia de valor?
Viendo por detrás de la máscara externa y amedrentadora,
Por la fe, una sierva disfrazada realizando grandiosa tarea.*

*Corazones pueden ser heridos y vidas probar pérdida,
Mas la fe todo transforma, como el oro libertado de la escoria;
El poder oculto y profundo, sólo es probado en pequeña medida,
Mas la contrariedad puede sólo revelar a los corazones sumisos.
El poder que se compadece, el amor que comprende,
Con manos que fueron probadas, para ayudar al prójimo.*

*La contrariedad nos libra del Ego y nos torna bondadosos,
Y añade nuestras dimensiones al espíritu, alma y cuerpo;
No intente huir de esa sierva, mas completa lo que ella hace,
Pues su constante obra producirá la belleza que anhelas.*

*Vea en la contrariedad una oportunidad de crecer en la gracia,
Y no un golpe del maligno para impedir su corrida;
Viva triunfante sobre los dardos inflamados,
Y tus frutos serán ricos para suplir a los necesitados.*

John Wright Follette